6704

Marcelino el Zapicero.

MARCELINO

EL TAPICERO.

DRAMA EN TRES ACTOS,

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

M. D.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia, n. 6,

1841.

Nº 8
Liceo Dramatico

PERSONAS.	ACTORES.
EL MARQUES.	*D. José Garcia Luna.*
DON LUPERCIO.	*D. Antonio de Guzman.*
DON ENRIQUE.	*D. Pedro Sobrado.*
MARCELINO.	*D. Julian Romea.*
BRUNO.	*D. Juan Fernandez.*
CLAUDIO.	*D. Ignacio Silvostri.*
DOÑA LUISA.	*D.ª Matilde Diez.*
DOÑA ALFONSA.	*D.ª Gerónima Llorente.*

ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Madrid y sus cercanias.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

El teatro representa una sala en casa de doña Luisa.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LUISA.—*Luego* DOÑA ALFONSA.

Luisa. (*Sentada y pensativa.*) Las ocho ya!... Dios mio! como vuela el tiempo!... ya se va acercando la hora fatal!... qué haria para no pensar en ella?... Leer... (*Toma un libro.*) No veo las letras... las lágrimas me lo impiden...

Alfonsa. (*Sale muy alegre.*) Vamos, está usted ya preparada?... qué es esto!... todavia asi!... y leyendo! (*Tomándola el libro.*) algo entretenido?... «Pasion y muerte...» Es un devocionario!... (*Riendo.*) Ah, ah, ah!... una novia!... el dia de su boda leyendo la *Pasion*... sabe usted que parece pulla?

Luisa. (*Levantándose.*) No sabia... Tomé cualquier libro... qué quiere usted que haga?

Alfonsa. Toma!... vestirse... adornarse... ponerse los brillantes... eso hace menos pesado el tiempo... y el matrimonio. Pero qué veo!... esos ojos... usted ha llorado!

Luisa. Yo... creo que no... le parece á usted?...

Alfonsa. Toma si me parece!—Jesus! una viuda... qué niñería!... Si fuera usted una niña que entrara en primeras nupcias... pase... á los diez y ocho años es cosa que asusta de un modo... Yo misma lloré como una Magdalena...

677586

me afligí y tuve un temblor... Qué tontería!... como me he reido despues? (*Observándola.*) Suspira usted?... Ah! vamos, ya caigo... (*En voz baja.*) Cuidado, Luisa!... me prometió usted no volver á pensar en él...

Luisa. Yo!... en quién?

Alfonsa. En don Enrique.

Luisa. Ah! no pronuncie usted ese nombre!... Sí, será esta la última vez... ha sido un recuerdo involuntario...

Alfonsa. Ya lo veo! Pobres mugeres!... cuánto nos cuesta olvidar á esos mónstruos que nos olvidan á nosotras con tanta facilidad! Testigo de ello ese falso...

Luisa. Ah! bien sabe usted que si él me hubiera sido fiel, nada en el mundo me hubiera determinado á este casamiento: él hubiera sido el único...

Alfonsa. Y hubiera usted hecho un lindo negocio!... Casarse con un pisaverde, aturdido, casquivano... gallarda presencia, enhorabuena; usted lo dice y lo creo... yo no le he visto en mi vida... pero en fin, un galanteador sin oficio ni renta... á dónde iba usted á parar?... y usted que ha quedado viuda de un marido que derrochó su hacienda y no la ha dejado un maravedí. Aténgase usted al marques, hombre afable, de genio alegre, complaciente hasta no mas... Ya no es mozo, verdad es... pero de qué sirve un marido mozo?... de darnos pesadumbres... creen que todo se lo merecen... No señor, un hombre maduro ofrece mas ventajas... con cualquier cosa se le contenta... su amor es menos impetuoso, pero mas sólido y mas duradero. En cuanto al marques...

Luisa. Oh! es el mejor de los hombres! No puedo olvidar que salvó á mi marido de una ruina cierta en que estaba comprometido su honor, y que luego, cuando quedé viuda, arregló los asuntos de mi casa y me protegió con un afecto que no puedo recordar sin conmoverme. Pues, sin embargo, cuando pidió mi mano, estoy segura de que se la hubiera negado, á no haber sabido casi al mismo tiempo la partida de Enrique, que olvidado de nuestro amor, de nuestros juramentos, iba...

Alfonsa. A Sevilla, á casarse con otra! Infame! Yo no le conozco... pero no importa... le detesto de veras!... Ay! qué hombres! qué hombres! Le aseguro á usted que los aborreceria á todos... si mi marido no me reconciliase alguna vez con ellos.

Luisa. En fin, dejemos eso: yo me caso con el marques por gratitud á él...
Alfonsa. Y por venganza del otro...

ESCENA II.

DICHAS.—BRUNO.

Luisa. Qué hay? qué quieres?
Bruno. El tapicero está ahi... es el aprendiz que viene...
Alfonsa. Ah! ese mozo que estaba ahi fuera cuando yo entré?... no lo hubiera creido... qué aire tan fino tiene!... yo le tomé por alguien...
Bruno. Dice que por dónde empieza.
Luisa. Dile que espere á que venga don Lupercio que es quien ha tenido la bondad de encargarse de esos pormenores. Anda. (*Vase el criado.*)

ESCENA III.

DOÑA ALFONSA. DOÑA LUISA.

Alfonsa. Ya! con que mi marido es el maestro de ceremonias que ha elegido usted? Estará en sus glorias!... hombre mas cominero!... En casa todo lo quiere mangonear y disponer... me ahorra trabajo... y es tan complaciente!...
Luisa. Su marido de usted?... cosa rara!... pues yo creia.....
Alfonsa. Mi trabajo me ha costado educarle!
Luisa. De veras?... Y lo ha logrado usted?
Alfonsa. Completamente. Ya digo, al principio me costó mucho... estos hombres son tan duros!... Pero por fin, como tenia disposiciones naturales, ha concluido por hacer lo que yo quiero.
Luisa. Y yo que creia todo lo contrario...
Alfonsa. Cómo?
Luisa. Le confieso á usted que su marido me ha hecho dudar si daria ó no la mano al marques, porque como son amigos, temia yo que se pareciese á él...
Alfonsa. Y qué mayor ganga?
Luisa. Pues no estan ustedes siempre riñendo?
Alfonsa. De veras?

Luisa. Lo que yo veo....

Alfonsa. Usted no vé nada.

Luisa. Veo que tiene usted siempre que obedecerle.

Alfonsa. (*Riendo.*) Obedecerle yo?... Ah, ah!... Quiere usted que la ponga en el secreto?... puede que le sirva de algo.

Luisa. Pero que, don Lupercio no es exigente, testarudo?...

Alfonsa. El?... un cordero, hija mia! Pero en los primeros meses de nuestro casamiento logré hacerle tan complaciente... vamos, tan bonachon... que ya era demasiado... todos se burlaban de él... yo no lo notaba... ni él tampoco... por supuesto... los maridos no notan nada, ya se sabe. Por fin yo caí en ello... y conocí que era preciso poner á cubierto su dignidad de hombre... Tonterias! pero en fin, porque no digeran... Y para conciliar mi comodidad con el qué dirán, convinimos en que yo le pediria siempre lo contrario de lo que deseaba... de manera que asi parece que niega y obedece. Yo digo que sí... y él dice que no: yo digo que no... y él dice que sí... A los ojos del mundo él es el amo... y el resultado es el mismo.

Luisa. El sistema es original!

Alfonsa. Lo que debe ser siempre. El marido es un rey que reina y no gobierna. Mírele usted... ahi viene... Ahora verá usted.

ESCENA IV.

DICHAS.—DON LUPERCIO.

Lupercio. (*Al salir.*) Bien, bien... hágale usted entrar... (*A Luisa.*) Oh! señora!... celebro ver á usted tan... Amiga, qué gran dia!

Alfonsa. A quien decias ahora que hicieran entrar?

Lupercio. A un tapicero que se ha mandado venir... aqui le espero.

Alfonsa. Aqui? (*Con intencion.*) Mejor harias en ir á verlo ahi fuera... Anda, vete con él.

Lupercio. (*Entendiendo la intencion.*) No: no estoy de ese parecer.

Alfonsa. Pues eso seria mas conveniente.

Lupercio. No, me parece que no.

Alfonsa. Yo digo que sí.
Lupercio. Yo digo que no.
Alfonsa. Pero hombre!...
Lupercio. Señora!... oiga!
Alfonsa. Cómo ha de ser!... tú eres el ámo!— (*Echa una mirada á Luisa, la cual suelta la risa.*)
Lupercio. (*A Luisa.*) Todo lo dejo dispuesto: aqui vendrán los coches temprano: en la iglesia todo está preparado... Con que, no hay mas que hacer... por el dia gran funcion... y por la noche... (*Se rie.*) Ah, ah, ah!...
Alfonsa. Lupercio! Lupercio!...
Lupercio. Y dentro de dos dias se van ustedes al campo... mi amigo el marques quiere que le acompañemos...
Alfonsa. (*Aparte.*) Cuánto me alegro!
Luisa. Y vendrá usted?
Lupercio. (*Mirando á su muger.*) No sé todavia...
Alfonsa. Al campo?... no: yo no tengo gana.
Lupercio. Hola! y por qué, señora mia?
Alfonsa. Toma!... porque prefiero quedarme en Madrid.
Lupercio. Pues yo prefiero el campo.
Alfonsa. Tú, corriente; pero yo...
Lupercio. Vendrá usted!
Alfonsa. Hombre, no.
Lupercio. Yo lo mando!
Alfonsa. Eres un tirano.
Lupercio. Puede ser... pero no hay remedio... á mí no hay que venirme con caprichos!
Alfonsa. (*Aparte á Luisa.*) Lo está usted viendo?
El criado. (*Saliendo.*) Aqui está el tapicero.
Alfonsa. Hola!... mi protegido!

ESCENA V.

DICHOS.—MARCELINO.

Lupercio. Vamos, ven acá, hombre!... qué diablo!... cuánto te haces esperar!
Marcelino. (*Aparte.*) Calla, calla!... Aqui se tutea á todo el mundo!
Lupercio. Con que vamos, empiezas?
Marcelino. Toma!... cuando tú quieras.
Lupercio. Qué?... qué modo es ese?...

Marcelino. Muy sencillo: me dice usted: «Empiezas?...» y yo respondo: «Cuando quieras...» Tú por tú: eso es!

Lupercio. Hola!... es usted muy bachiller!...

Marcelino. Sí señor...: un poco!

Lupercio. Calla!... y alza el gallo!...

Luisa. Vamos!... (*Conociéndole.*) Pero... no me engaño... es Marcelino!

Marcelino. (*Quitándose la gorra.*) Ah! Señora... perdone usted... no habia visto... no sabia...

Luisa. Y es usted ahora artesano?... tapicero?...

Alfonsa. Ah! le conocia usted?...

Lupercio. Usted conoce eso?...

Marcelino. (*Echándole una mirada.*) Eh?...

Luisa. Sí... entonces era un niño... venia con frecuencia á casa... á ver á mi marido... á cobrar una pension... ó no sé qué dinero...

Lupercio. Las cuentas de alguna obra...

Marcelino. No señor!

Alfonsa. Apuesto á que el señor... cómo ha dicho usted?

Luisa. Marcelino.

Alfonsa. A que el señor Marcelino es un mozo de juicio... eso se conoce en la cara... y la suya está diciendo á legua...

Lupercio. Eh?... qué?...

Marcelino. Usted me favorece, señora!

Luisa. Entonces era estudiante... tenia buena conducta, y no lo pasaba mal.

Marcelino. Yo lo creo!... Oh! entonces, señora, nada me faltaba... á pasar el dia, y vamos andando!... sin mirar adelante ni tener penas... Ah! mi pobre madre las tenia y se las guardaba ella sola!... pues, porque entonces tenia yo madre... y qué buena!... cuánto me queria la pobre!

Alfonsa. Mucho, eh?

Marcelino. Pues y yo!... no tenia mas que á ella, á ella sola... y la perdí!... esa fue mi primera pena!

Luisa. Y cómo tomó usted ese oficio?...

Marcelino. Mi madre me lo aconsejó... y me alegro mucho! Si no lo hubiera hecho... puede que anduviera por ahí hecho un vago, como andan otros. «Marcelino...» me dijo al morir, hijo mio... ánimo... trabaja... ponte á un oficio y no cuentes con nadie mas que contigo.

Lupercio. Mala cosa es!...

Luisa. Muy bien hecho!

Alfonsa. Sí, sí... muy bien hecho!... Pobre mozo!... Y en fin... no tiene usted á nadie?...

Marcelino. Para el caso... á nadie... mas que á un buen señor...

Luisa. Un pariente?...

Alfonsa. Un amigo?...

Lupercio. Algun artesano como... como usted?

Marcelino. Qué! no señor!... es de clase demasiado alta para que tengámos roce!... Le veo poco, y no puedo quererle á mi sabor... por eso no soy tan feliz como pudiera si me hallara á su lado... Pero no importa... daria con gusto la vida por evitarle el menor pesar!... y poder llamarle... (*Mudando de tono.*) Qué tonterias estoy diciendo!... se me saltan las lágrimas... y estoy aqui perdiendo el tiempo... cuando el trabajo me espera... charlando, charlando... y ustedes tan buenos que me escuchan...—Ea, ea!... por dónde empiezo?

Lupercio. Por dónde?... por allí... por el cuarto de la novia.

Marcelino. Hola!... es cosa de novia!... me alegro!... con permiso de ustedes...

Luisa. Adios, Marcelino.

Marcelino. Saludo á ustedes...

Alfonsa. Agur, Marcelino.

Lupercio. Vamos, vamos... despacha... digo, despache usted.

Marcelino. Vamos, señor mayordono.

ESCENA VI.

DOÑA LUISA. D. LUPERCIO. DOÑA ALFONSO. *Luego* EL MARQUES.

Alfonsa. Interesante mozo!... me ha cautivado!...

Luisa. Es un escelente joven!

Lupercio. Sí... un buen artesano... algo bachiller...

Alfonsa. Tú con esa manía de tutear á todo el mundo... le has humillado.

Marques. (*Dentro.*) Bien, bien... no pasaré de la sala...

Lupercio. Ya está ahí el novio!

Luisa. (*Mirando el reloj.*) Las diez!

Marques. (*Saliendo.*) Aqui esperaré... pero calla!... si está aqui mi amada Luisa!... Señoras!...

Alfonsa. Oh, marques! Siempre de buen humor...

Marques. Oh! siempre!... y mas cuando entro en esta casa.

No hay vez que pise sus umbrales sin esperimentar una conmocion... Pues digo, ahora que va á ser mia... que va á ser nuestra!... casi se me saltan las lágrimas... creo que el cielo me rejuvenece para que pueda agradar á mi Luisa...

Lupercio. Veremos qué maña te das...

Alfonsa. Lupercio!...

Marques. Creo que está usted triste, Luisa?

Luisa. No tal... no lo crea usted!

Marques. Mas vale asi. Yo por mi parte no quepo en mí de gozo!... y lo mismo me verá usted hoy que mañana... toda la vida alegre y contento... no puedo ver gente triste al rededor mio!... es cosa que me afecta de una manera!... Con que, Luisita, alegria!... no haya un solo minuto de tristeza en un dia tan feliz como este. He entrado de paso en la parroquia á ver si estaba todo dispuesto... El cura estaba ocupado y queria que nos casara el teniente... No he pasado por eso... tratando de casarme no quiero tenientes.

Lupercio. Bien hecho!

Marques. Con que ya son las diez, y van á llegar los coches... creo, Luisita, que ya pudiera usted...

Luisa. Sí, sí... voy á concluir mi tocado, y salgo al instante.

Marques. Todavia no me es permitido presenciarlo.

Alfonsa. Tiempo le queda á usted... vamos, Luisa, yo ayudaré...

Marques. Adórnela usted con gusto... y comuníquela usted su alegria... Luisita, fie usted en mis promesas... usted será feliz... yo se lo juro!

Luisa. (*Alargándole la mano.*) Y yo le creo á usted!

ESCENA VII.

EL MARQUES. D. LUPERCIO.

Marques. Se ha sonreido!...

Lupercio. Toma!... si está contentísima... como estaba la mia el dia que se casó... todas lloran... pero luego se alegran.

Marques. Mi novia es encantadora!... qué candorosa! qué buena!

Lupercio. Con que eres feliz?

Marques. Cuanto es posible serlo !... No he podido pegar los ojos en toda la noche pensando en la felicidad que me espera !...

Lupercio. Hola!... pues ya dormirás á pierna suelta...

Marques. Tú siempre hablando como casado antiguo...

Lupercio. La esperiencia...

Marques. Calla, calla !... Yo no creo que hubiera podido hacer mejor eleccion ! es un poco sentimental... pero yo la tendré contenta á fuerza de mimos y obsequios !...

Lupercio. Tonto !... mírate al espejo... no ves como te blanquea ya la cabeza?...

Marques. Eh !... de noche no se conoce!

Lupercio. Miren el jovenzuelo!...

Marques. Joven, sí, joven para amarla!... y enamorado como á los veinte años... y celoso como nadie!... Todo se lo merece una muger que teniendo en que escoger me ha dado la preferencia !

Lupercio. Toma! porque eres marques... y rico. Las mugeres se mueren por hacer papel. Luego tú le has hecho una carta de dote disparatada... le das todo lo libre ?

Marques. Todo... (*Bajando la voz.*) todo no: he reservado... acá en confianza, cierta suma... unos diez mil duros, que pienso entregarte... porque tú eres hombre honrado...

Lupercio. Gracias, hombre; si yo no necesito...

Marques. Pero si no es para tí!—Es un depósito... una manda secreta.

Lupercio. Hola! calavera!... alguna prójima?

Marques. Qué ! no.—Guárdalo, y ya vendrá un joven á pedirte...

Lupercio. Ya estoy !... un joven... cuentas atrasadas.

Marques. Cómo ha de ser, juventudes...

Lupercio. Desvaríos que se callan...

Marques. Pero que no se olvidan!

Lupercio. Pues! un Benjamin!... coloradito, rubio como un oro... y tú te lo tragas... Si uno fuera á creer...

Marques. Chit!... que vienen.

ESCENA VIII.

DICHOS.—MARCELINO.

Marcelino. (*Mirando adentro.*) Soberbio!... qué alcoba les he arreglado!... colgadura mas de gusto! ahí parecerán dos palomitos!

Lupercio. Hola! ha concluido usted?

Marcelino. Por allá dentro ya está: y ahora?...

Marques. (*Volviéndose.*) Ah!

Marcelino. (*Viéndolo.*) Calla!... (*Se le cae el martillo.*)

Lupercio. Qué!... este muchacho causa sorpresa á todo el mundo!

Marcelino. No, señor... nada... consiste... consiste en que... he hecho alguna obra para el señor... (*Acercándose al marques.*) Señor marques, buenos dias...

Marques. Adios, querido... (*A don Lupercio.*) Hombre, anda á ver si han venido los coches... se va haciendo tarde...

Lupercio. Sí, sí, voy... (*A Marcelino.*) Y tú... digo, y usted empiece á poner estas colgaduras.

Marcelino. Sí, señor, al instante... en cuanto me traigan la escalera.

Marques. Anda, anda... y ven á avisarme.

Lupercio. (*A Marcelino.*) Despache usted pronto. (*Aparte al marques.*) Es algo bachiller.

ESCENA IX.

EL MARQUES. MARCELINO.

Marques. Tú por aquí!...

Marcelino. Ya lo ve usted... (*Acercándose.*) Se enfada usted por encontrarme?

Marques. No... yo no he dicho eso... (*Alargándole la mano.*) Al contrario...

Marcelino. (*Tomándola y besándola con amor.*) Ah! me alegro!... (*Mas sereno.*) Y usted tan bueno?

Marques. Bueno: y tú... contento?

Marcelino. Asi, asi!... unos dias mas, otros menos... Hoy

mucho!... porque tengo la dicha de ver á usted... me sucede tan de tarde en tarde!...

Marques. Y qué casualidad te trae aquí?... á qué has venido?

Marcelino. A hacer mi oficio... el maestro no ha podido venir... y aqui estoy yo.

Marques. Ya!... eres tapicero... tú te empeñaste...

Marcelino. Toma! yo necesitaba seguir un oficio... lo mismo es este que otro cualquiera... asi tendré algun dia que comer sin estar á espensas de nadie.

Marques. Bien!.... piensas con honradez!... algo testarudo eres...

Marcelino. Puede.

Marques. Pero el corazon...

Marcelino. Oh! ese muy sano!...

Marques. En fin, la culpa no es mia... tú no quisiste seguir otra profesion...

Marcelino. Y qué profesion, señor?... En el mundo se necesita un apellido... y yo no le tengo... Se necesita un protector...

Marques. No lo soy yo?...

Marcelino. Ah sí!... es verdad... Usted lo es para el pobre Marcelino... que no es ingrato á sus beneficios!—Pero los beneficios... no bastan... los beneficios... (*Observándolo.*) no dan un apellido.

Marques. Qué apellido!... Te llamas Marcelino... que es muy bonito nombre.

Marcelino. Sí... en el almanaque...

Marques. En fin... tienes oficio... eres tapicero... esa es tu inclinacion, segun parece...

Marcelino. Ya!

Marques. No hablemos mas del asunto... Ten juicio... pórtate bien, y cuenta siempre conmigo.

Marcelino. Siempre!... Sí señor... asi me lo dijo mi madre!

Marques. Tu madre!... pobrecilla!... muy buena!... pero que te ha dado unas ideas...

Marcelino. Muy sólidas!

Marques. Bien.—Pues oye: cuando trates de establecerte... ven á verme... y si te has portado bien, veremos... yo te ayudaré... ya sabes que te he ofrecido...

Marcelino. Dinero!... sí señor.

Marques. No te basta acaso lo que te doy?... los quinientos

reales mensuales? Responde... quiero que vivas con anchura... que tengas para divertirte los dias de fiesta... Vamos, qué necesitas?

Marcelino. (*Con amargura.*) Dinero!... Como si eso fuera todo!

Marques. Pues no deja de ser...

Marcelino. Algo es... no digo que no... Pero yo quisiera mejor otra cosa...

Marques. El qué?

Marcelino. Toma!... el permiso para verlo á usted... mas á menudo.

Marques. Pues qué, te lo niego yo?... Sabes que por la mañana temprano siempre te recibo... ven cuando quieras... muy tempranito, estás?... yo tambien tengo placer en verte... pero no vuelvas á dar de mojicones á los criados, como el otro dia.

Marcelino. Y por qué no me dejaban entrar?... Hay dias.... como aquel... en que tengo mucha necesidad de verlo á usted... porque tengo el corazon triste... y me consuela tanto oir de su boca de usted alguna palabra de cariño!...

Marques. Con que me quieres mucho?

Marcelino. Si lo quiero á usted!... Vaya una pregunta!... Tengo yo en el mundo mas qué á usted?... Vaya!... daria por usted mi sangre y mi... Y usted no me quiere á mí?...

Marques. (*Conmovido.*) Pues no te he de querer!... mucho... mucho!... (*Limpiándose los ojos.*) Ya estoy conmovido, y... Vamos! qué niñada... Y en casa agena... Repara...

Marcelino. Es verdad!...

Marques. Ea, vete, vete á trabajar... Cuenta conmigo... yo no te olvido... Anda!

Marcelino. Perdone usted que antes... cuando le vi... me diera por entendido y le hablara... no me puedo contener! (*Se aleja.*)

Marques. (*Aparte.*) Pobrecillo!... me ha conmovido... Ah! yo le haré feliz!... lo merece!... (*Viendo que se ha detenido en el fondo.*) Qué es eso?

Marcelino. Es que quisiera...

Marques. Qué quisieras? (*Echando mano al bolsillo.*)

Marcelino. Que me permitiera usted... ahora que estamos solos... darle un abrazo!

Marques. (*Mirando al rededor.*) Vamos... ven! (*Le alarga los brazos. Marcelino se arroja en ellos.*)
Marcelino. Ah!

ESCENA X.

DICHOS.—DOÑA ALFONSA.

(*A las primeras palabras de doña Alfonsa se separan prontamente.*)

Alfonsa. (*Al salir.*) Bien, bien... ahora llevaré el ramo.... (*Al marques.*) Marques, qué hace usted aqui?
Marques. Yo?... Nada... esperar.
Alfonsa. Vamos, ya puede usted entrar... está vestida.
Marques. Pues voy, voy...
Alfonsa. Dios mio!... qué es eso?... Tambien usted tiene los ojos llorosos... como la novia. (*Riendo.*) Ah, ah!...
Marques. (*Esforzándose á reir.*) Ah, ah, ah!.... qué tonteria!...
Alfonsa. (*Mirando á Marcelino.*) Hola!... aqui está el mocito... arreglando las colgaduras... (*Al marques.*) Ha visto usted que aire tan noble tiene!
Marques. (*Con júbilo.*) Verdad que sí?... Oh!... (*Vase.*)
Alfonsa. Allá voy yo con el ramo. (*Dirígese á unos floreros.*)
Marcelino. (*Aparte.*) Me quiere, sí!... me quiere!... Cuando me besó sentí sus lágrimas!—Tampoco él tiene nadie que le quiera en el mundo mas que yo!... Y quién sabe... puede que algun dia... eche menos á su lado alguna persona que le cuide, que le...—Vaya, no hay que pensar en esto!
Alfonsa. (*Aparte.*) Qué habla entre dientes?...

ESCENA XI.

DOÑA ALFONSA. DON ENRIQUE. MARCELINO.

Enrique. (*Apresurado.*) Esos coches... ese aparato... qué significa?... (*Tropieza con Marcelino al paso.*)
Marcelino. Perdone usted.
Enrique. Diga usted, amigo... Doña Luisa de...

Marcelino. Aquí es.

Enrique. Eh! ya lo sé!—(*Bajando la voz.*) Lo que quiero es verla sola... aquí mismo... entre usted á decírselo. (*Aparte.*) Cuál va á ser su gozo!

Marcelino. (*Aparte.*) Calla!... este es el novio!

Alfonsa. (*A Marcelino.*) Marcelino, trabaje usted....—A quién busca este caballero?

Enrique. Señora... perdone usted... (*Aparte.*) Y yo que quería que nadie me viese!

Alfonsa. No tengo el honor de conocer á usted...

Enrique. No importa... yo quisiera hablar solamente á la señora...

Alfonsa. Está en su tocador... Viene usted tal vez convidado á la boda?...

Enrique. La boda!... De quién?

Alfonsa. Toma!... la suya.

Enrique. Le suya?... Imposible!... Usted me engaña!

Marcelino. (*Aparte.*) Calla!... pues este es algun amante... (*Se acerca.*)

Alfonsa. Permítame usted...

Enrique. Imposible!... Cómo!... Luisa!...

Alfonsa. Dios mio!... (*A Marcelino.*) Váyase usted... váyase usted... (*Echándolo hácia la puerta.*)

Marcelino. Toma!... si yo tengo aquí...

Alfonsa. Déjenos usted... váyase usted...

ESCENA XII.

DON ENRIQUE. DOÑA ALFONSA.

Alfonsa. Usted es don Enrique!

Enrique. Sabe usted mi nombre!...

Alfonsa. Quién no lo habia de adivinar!... Usted es don Enrique.... usted era su amante... pero ya está usted casado?

Enrique. No, señora, no lo estoy!... Vengo á buscar á Luisa mas enamorado que nunca... á recordarle sus juramentos...

Alfonsa. Ya no puede ser....

Enrique. Ese casamiento!... yo lo estorbaré...

Alfonsa. Ya es tarde.

Enrique. Pero Luisa...

Alfonsa. Le digo á usted que es tarde.
Enrique. Tarde!... á lo menos la veré...
Alfonsa. Qué dice usted!... Imprudente!... Si lo ven á usted aqui...
Enrique. Nadie me ha visto al entrar... Pero estoy resuelto á todo... Mi amor...
Alfonsa. Su amor de usted la perderia... Hace una boda soberbia!... asegura su suerte... su marido es muy rico...
Enrique. Su marido!... yo le mataré.
Alfonsa. Pues! lo de siempre!... todos quieren matar al marido!
Enrique No se casará con ella!
Alfonsa. Si ya es cosa hecha.
Enrique. Dios mio!
Alfonsa. Ahora mismo van á la iglesia.
Enrique. (*Cayendo en una silla.*) Ah!
Alfonsa. (*Aparte.*) Pobre joven!... me da compasion!... Un amante que se desespera... aunque sepa una que es cuento... siempre conmueve. (*A Enrique.*) Vamos, valor... don Enrique... Ya no tiene remedio... Váyase usted, por Dios, y disimule un amor que no puede ya acarrear sino desgracias.
Enrique. (*Levantándose.*) Marcharme!... Sí... es preciso!... Pero y Luisa!... Ah! por compasion, que yo la vea!
Alfonsa. No piense usted en eso!... es imposible... Y si usted la quiere bien, debe seguir mis consejos.
Enrique. Sí... ya lo veo... no hay remedio!... Adios, señora... adios! (*Yéndose.*)

ESCENA XIII.

DICHOS.—DOÑA LUISA.

Luisa. Nos vamos ya?... y el ramo?...
Enrique. Ella es!
Alfonsa. Dios mio!
Enrique. Luisa!
Luisa. Enrique!
Alfonsa. (*Aparte.*) Escena de reconocimiento!... no nos escapamos sin ella!
Luisa. Usted aquí!... usted!...
Enrique. Yo, sí señora, yo... qué vengo á pedirle á usted cuenta de un amor que ha olvidado.

Luisa. Qué dice usted!

Alfonsa. Jesus!... se va á arder la casa!

Enrique. Cuando vengo mas enamorado.... mas loco que nunca!...

Luisa. Salga usted, Enrique... déjeme usted.—Tiene usted valor de reclamarme un juramento que usted ha violado? (*A Alfonsa.*) Vámonos de aquí!

Alfonsa. Sí, será lo mejor!...

Enrique. No... no saldrá usted!—Quiero que lo sepa todo. Sepa usted que se me ofrecia la mano de una hermosa joven y una crecida fortuna... y que todo lo he despreciado por usted... por usted sola!

Luisa. Enrique!... Gran Dios!... será verdad!... me ama usted todavia?

Alfonsa. Chit!... silencio, por la Vírgen! Han elegido ustedes buena ocasion y buen sitio!... con el marido ahí á dos pasos!...

Enrique. Qué me importa el marido!...

Alfonsa. Ya!... pero á él le importa...

Enrique. No le debo consideracion ni respeto ninguno!

Alfonsa. Mocito!... un marido merece siempre respeto!

Luisa. Ay, Enrique!... Si le hallara á usted aqui en este momento!...

Alfonsa. Váyase usted... váyase usted...

Enrique. No... imposible!

Luisa. Por mí... por mí!...

Enrique. No!... yo no renuncio á los derechos que el amor me da...

Alfonsa. Vírgen santa!... que vienen!... Por Dios, don Enrique!

Enrique. Me quedo!

Luisa. Ay, yo me muero!

Enrique. Luisa!... Luisa!

Alfonsa. Se va á desmayar!... Usted va á perderla... usted va á perder su honor!

Enrique. Cielos!... Bien, me voy... pero vuelvo... vuelvo al instante.

Alfonsa. Venga usted por aqui... (*Llegando á la puerta.*) Dios mio!... ya no es tiempo! (*Llevándoselo por otra puerta.*) Por aquí...

Luisa. (*Aterrada.*) Por ahí está mi marido!

Enrique. Pues aquí! (*Entrase en la alcoba de Luisa.*)

Luisa. No, Enrique!

Alfonsa. (*Aparte.*) En la alcoba de la novia!... no es mala idea!

ESCENA XIV.

DOÑA ALFONSA. DOÑA LUISA. DON LUPERCIO. MARCELINO. *Luego* EL MARQUES *y* CONVIDADOS.

Lupercio. Despache usted pronto, amiguito. (*A un criado que trae una escalera.*) Por aqui la escalera... aqui.

Alfonsa. Qué vienes tú á hacer?

Lupercio. Yo?... vengo á... Qué caras! (*A Luisa.*) Señora, qué tiene usted?

Luisa. Yo?... nada... Pues qué?...

Marcelino. (*Aparte.*) Cierto que la novia tiene un gesto, como si la ahorcaran.

Alfonsa. Qué quieres que tenga, tonto?—Ea, marcha... llévate á ese mozo á trabajar á otra pieza.

Lupercio. No, no... ahora toca en esta... en la otra sala estan los convidados.

Alfonsa. Pues te digo que te vayas.

Lupercio. Pues yo no quiero irme.

Alfonsa. Te digo...

Lupercio. Dale! no me voy.

Alfonsa. (*Aparte.*) Es verdad; ya me olvidaba de nuestro sistema.

Marcelino. (*Subiendo por la escalera.*) Resuelvan ustedes de una vez!

Marques. (*Saliendo.*) Ea, vamos, vamos... ya esperan los coches... ya estan ahí todos... Y la novia?... Oh! hechicera!... Este es el momento mas feliz de mi vida!—Luisita, se digna usted darme la mano?

Marcelino. (*Aparte desde lo alto de la escalera.*) Calla!... calla!

Marques. (*A los convidados, que se presentan á la puerta.*) Señores, tengo el gusto de presentar á ustedes á mi esposa!

Marcelino. (*Aparte con un grito ahogado.*) Su esposa!!

Alfonsa. (*Aparte mirando á la alcoba.*) Y el otro ahí dentro!

Marques. Vamos, señores... no se dilate mi felicidad!

ESCENA XV.

MARCELINO. *Luego* DON ENRIQUE.

Marcelino. (*Bajando.*) Su esposa!... su esposa!... Va á casarse... va á tener otra familia... otra familia! Y yo, Dios mio... yo no seré ya nada para él!... Ah! pobre de mí!... —Madre mia... yo me moriré de dolor!

Enrique. (*Saliendo.*) Casada! casada!... Oh! qué infamia!

Marcelino. (*Sin ser visto.*) Calla!... qué es esto?

Enrique. Luisa!... y yo que venia á reclamar los derechos del primer amor!...

Marcelino. (*Aparte.*) Qué oigo!... ella!...

Enrique. No importa!... lo atropellaré todo... y Luisa será mia! (*Vase apresurado.*)

Marcelino. (*Dando un grito.*) Oh! padre mio... aqui estoy yo!

Acto segundo.

La escena es en la casa de Campo del marques, á pocas leguas de Madrid.

El teatro representa una sala: en el fondo hay dos balcones que dan al campo.

ESCENA PRIMERA.

DON LUPERCIO. DOÑA ALFONSA.

(*Entran del brazo: don Lupercio, pensativo, trae la sombrilla abierta, y un ramo de flores en el ojal.*)

Alfonsa. Qué quinta tan deliciosa!... qué bosque!... qué jardines!... qué pajarera!... Es un paraiso... no es verdad?

Lupercio. (*Distraido.*) Sí.

Alfonsa. (*Suelta el brazo de su marido, y va á sentarse á un lado.*) Pues ello... arréglate como puedas, Lupercio... pero es preciso que nos hagamos con una quinta como esta.

Lupercio. (*Paseándose con la sombrilla abierta, pensativo.*) Sí.

Alfonsa. (*Sin mirarlo.*) Qué escelente retiro para unos novios! Asi se debe pasar el pan de la boda!... Por eso en los ocho dias que lleva Luisa de estar aqui con su marido se ha puesto desconocida de buena y de alegre... no lo has notado, Lupercio?

Lupercio. (*Parándose frente al público.*) Sí.

Alfonsa. (*Siempre sin mirarlo.*) Yo no me canso de pasear, de respirar este aire fresco y puro... Tres horas nos hemos llevado andando... y nada, no estoy cansada. Estás tú cansado, Lupercio?

Lupercio. (*Paseándose.*) No.

Alfonsa. Qué huron estás hoy!... Sí, no... y de ahí no sales!

Lupercio. (*Deteniéndose de repente.*) Sí, sí, sí! lo he visto... lo he visto con mis propios ojos!... Y luego esas cartas... esas dichosas cartas que... (*Paseándose.*) Tambien puede que no sean!...

Alfonsa. (*Volviéndose.*) Qué dices?... (*Le ve y suelta la carcajada.*) Ah, ah, ah!...

Lupercio. (*Deteniéndose.*) Eh?... Qué?...

Alfonsa. (*Riendo cada vez mas.*) Ah, ah, ah!...

ESCENA II.

DICHOS,—DOÑA LUISA.

Luisa. Jesus! qué alegria hay por acá!... Qué es eso?... qué tiene usted?

Alfonsa. Mírele usted!... mírele usted!

Luisa. (*Riendo tambien.*) Ya veo!...

Lupercio. (*Reparando en sí propio.*) Ah!... (*Cierra la sombrilla.*) Podias habérmelo advertido, Alfonsita, en vez de... Cuando se ve á uno distraido y caviloso, se le dice: caballero, tiene usted abierta la sombrilla. (*Dando el ramo á Luisa.*) Señora...

Luisa. Mil gracias!

Alfonsa. Tú caviloso!... sin saber yo por qué?

Lupercio. Tengo para ello razones... razones graves, que no puedo, ni quiero decir.

Alfonsa. (*Aparte.*) Que no quiere!... cosa nueva es esta!

Lupercio. Ante todas cosas quiero consultar al marques, que llega hoy de Madrid, donde está desde anteayer... (*Pasando á su cavilacion.*) y esta rara coincidencia es precisamente lo que me hace sospechar...

Alfonsa. (*Aparte.*) Otra cavilacion!... Vamos, es preciso que se esplique.—Lupercio!

Lupercio. (*Volviendo en sí.*) Eh?

Alfonsa. Tienes abierta la sombrilla.

Lupercio. (*Distraido.*) Cuando digo que lo he visto... que he visto á ese mozo saltar la tapia del cercado...

Luisa. Cielos?...

Alfonsa. (*Volviéndose á Luisa.*) Qué? (*Aparte.*) Hola!... esta se ha asustado! —Un mozo que ha saltado la tapia?... Vamos, tú estás loco!

Lupercio. (*Volviendo en sí.*) Es verdad... sí... he hecho mal en decir...

Alfonsa. (*Con intencion.*) Ea, basta: cállate!

Lupercio. Callaré.

Luisa. (*Aparte.*) Si habrá visto tambien...

Alfonsa. (*Aparte.*) No me entiende este hombre!...—Te digo que calles!

Lupercio. (*Aparte cayendo en la cuenta.*) Ah! ya!—Pues yo quiero hablar... y hablaré!

Alfonsa. (*Aparte á Luisa.*) Ve usted lo que le dije?—Vamos!...

Lupercio. Ya voy!—Pues esta noche, entre cuatro y cinco... al amanecer... me despertaron los ladridos de los perros... (*A Alfonsa.*) No has oido tú ladrar á los perros?

Alfonsa. Qué disparate!... A tí...

Lupercio. Cómo!... á mí?...

Alfonsa. Digo que á tí se te figura siempre oir...

Lupercio. Oye, muger.—Yo creí que su marido de usted trataba de llegar tempranito á sorprenderla dulcemente...

Alfonsa. Déjate de conjeturas!...

Lupercio. Pues señor, me visto... bajo al jardin... y al pasar por debajo de los balcones de usted, veo un joven que echa á correr...

Alfonsa. Un joven!

Luisa. (*Turbada.*) De veras?

Lupercio. Yo le seguí, diciendo: caballero!... caballerito!.... qué buscaba usted?... Pero sí!... salta de un brinco la tapia... y échale un galgo!

Alfonsa. Y no le viste la cara?

Lupercio. Sí se la ví!... y es cara que yo he visto otra vez... estoy seguro de que la he visto en alguna parte... Oh! como yo le encuentre, al momento le conozco!

Luisa. (*Asustada.*) Dios mio!

Lupercio. Mande usted?

Alfonsa. (*Con prontitud.*) Ay, Lupercio!... nos has salvado la vida!... era un ladron!

Lupercio. Un ladron! Por vida del demonio!... si yo lo hubiera sabido!...

Alfonsa. Lo hubieras agarrado, eh?

Lupercio (*Con calma.*) No!... no hubiera bajado.—Yo no queria decir nada por no asustar á ustedes... pero ahora veo que he hecho bien en hablar!

Luisa. Sí, sí... era un ladron! (*Aparte.*) Ya respiro!

Lupercio. Al principio creí si seria ese mozo que viene todas las mañanas á traer unas cartas...

Alfonsa. Cartas?... (*Mirando á Luisa.*)

Lupercio. Sí: con cierto misterio...

Luisa. (*Turbada.*) Es posible? (*Aparte.*) Todo lo ha visto!

Alfonsa. Sí... para el marques. (*Luisa hace un movimiento: Alfonsa le aprieta la mano.*) Esas cartas que hay que darle cuando vuelva. (*Aparte á Luisa.*) Disimule usted!

Lupercio. Pues yo creia...

Luisa. (*Aparte.*) Dios mio!

Alfonsa. Qué, vamos, qué creias?

Lupercio. Se me habia figurado...

Alfonsa. (*Interrumpiéndole con intencion.*) El qué?... Vamos... continúa... habla!

Lupercio. Que eran...

Alfonsa. (*Yendo hácia él.*) Habla!... habla!... quiero que lo digas!... Habla!!

Lupercio. (*Aparte comprendiendo la intencion.*) Ah! ya!—Pues no señor... no quiero hablar... no quiero decirlo,... no me da la gana!... Oiga!

Luisa. Creo que ha parado un coche!

Alfonsa. Será su marido de usted!...—Anda, Lupercio!

Lupercio. Voy corriendo. (*Va á abrir un balcon.*)

Alfonsa. (*Aparte y con prontitud á Luisa.*) Ese hombre que saltó, seria Enrique?

Luisa. Yo no sé... tambien he creido oir ruido... y él me lo avisaba... en una carta...

Lupercio. (*Al balcon.*) Calla!... no viene solo.

Alfonsa. (*Aparte á Luisa.*) Y esas cartas... son de él?

Luisa. Sí.

Alfonsa. Dónde están?

Luisa. Quemadas todas!

Alfonsa. Sin leerlas?

Luisa. Y esta mañana le he escrito...

Alfonsa. Silencio!... aqui viene!

Luisa. Mi marido!
Lupercio. Ya sube la escalera!

ESCENA III.

DICHOS.—EL MARQUES.

Marques. Adios, amigos mios!... Mi querida Luisa!... (*La abraza.*) Ya estoy contigo!... gracias á Dios!... este es mi centro!... Yo que antes nunca me aburria en Madrid.... ahora estos dos dias me han parecido dos siglos!... En no estando á tu lado... Ya se ve, se acostumbra uno tan fácilmente á lo bueno!...—Asi es que he dejado arreglados mis asuntos, para no tener que volver mas allá.—Dios mio!... ya me olvidaba de mis compañeros de viage!
Alfonsa. Alguna visita?
Marques. Sí... un encuentro que he tenido ahí en ese pueblecillo... un joven de Madrid... antiguo compañero de bromas. Ya se ve, me lo hallo á dos pasos de mi quinta... parecia regular convidarlo... (*Yendo al balcon.*) Eh! suba usted!... Está usted bien asi... qué importa el polvo!...—Ahora se está acicalando!
Lupercio y Alfonsa. Y quién es?
Marques. No he dicho su nombre?... Uno de los mas elegantes de Madrid... don Enrique.
Luisa. (*Aparte apoyándose en una silla.*) Cielos!
Alfonsa. (*Aparte.*) Ah! sándio!
Marques. Ustedes no le conocerán!
Lupercio. No sé... yo trato pocos elegantes.
Marques. Yo le grité... Eh! dónde se va?... de dónde se viene?... y me pareció que la pregunta lo habia desconcertado un poco... lo cual me hizo sospechar que andaba en alguna aventura... porque el tal es el diablo. Le conté mi casamiento... le dije lo feliz que era... no sé hablar de otra cosa!... y él me dió la enhorabuena.
Alfonsa. Sí, eh?
Marques. Mucho!... sintiendo no haber podido asistir á la ceremonia, porque me ha dicho que acaba de llegar de Sevilla, donde ha pasado unos cuantos meses.
Lupercio. (*Al balcon.*) Qué hará?... Si se estará mudando camisa en la escalera!
Marques. Hombre, no!... Ya sube. (*Vase á buscarlo.*)

Luisa. (*Aparte á Alfonsa.*) Ah! soy perdida!

Alfonsa. Por qué?

Luisa. Su marido de usted le vió saltar la tapia... y lo va á conocer!

Alfonsa. Ay, Dios!...

Lupercio. (*Sacando la cabeza entre las dos.*) Eh?... que hay Dios?

Alfonsa. (*En voz baja y con viveza á su marido.*) Lupercio, te prohibo... quiero decir, te mando... No, bien decia, te prohibo que...

Lupercio. (*Aturdido.*) El qué?... el qué?

Luisa. (*Con tono de súplica.*) Ah! señor!... (*Sale don Enrique conducido por el marques.*)

Alfonsa. (*Aparte.*) Ya no es tiempo!

Lupercio. Pero qué es lo que hay?

ESCENA IV.

DICHOS.—EL MARQUES. DON ENRIQUE.

Marques. (*A Luisa.*) Querida Luisa... (*A don Enrique.*) Esta es mi muger... (*Continuando á Luisa.*) Aqui tienes al señor don Enrique Almazan, que nos hace el honor de venir á acompañarnos.

Enrique. (*Turbado.*) Señora... me contemplo dichoso... seguramente... (*Aparte.*) Apenas respiro!

Alfonsa. (*Aparte.*) Estos maridos... estos maridos!... ellos son siempre quien nos los traen!

Marques. (*A Enrique.*) La señora doña Alfonsa de Orozco... que quizá habrá usted conocido en Madrid...

Enrique. (*Saludándola.*) No recuerdo... haber tenido el honor...

Marques. Y mi amigo don Lupercio Quiñones...

Enrique. (*Acercándose á él.*) Caballero...

Luisa. (*Aparte.*) Yo tiemblo!

Alfonsa. (*Aparte.*) Ahora es ella!... (*Da un pellizco á don Lupercio.*)

Lupercio. (*Dando un grito.*) Ay, muger!... (*A Enrique.*) Celebro mucho conocer á usted, caballero... (*A Alfonsa.*) Me has hecho un cardenal!...

Alfonsa. (*Aparte.*) Ya respiro!

Lupercio. Qué?...

Marques. Qué?...

Alfonsa. Nada... creia yo que mi marido conocia... habia visto...

Lupercio. Al señor?... No, nunca. (*Aparte al marques.*) Y es buen mozo!

Luisa. (*Aparte.*) No era él quien saltó.

Marques. (*A Lupercio.*) Qué! eres ahora celoso?

Enrique. Ustedes, señoras, me perdonarán que venga á turbar quiza la franqueza de esta reunion; pero las instancias del marques, que me ha traido casi por fuerza...

Alfonsa. (*Aparte.*) Lo ha traido por fuerza!... qué tino!

Marques. Pero vamos, que cuando le dige á usted que habia faldas en la quinta, ya no se hizo usted tanto de rogar! (*A Luisa.*) Es un solteron empedernido, y es preciso que le casemos!—No sabe usted, amigo mio, las ventajas del matrimonio!... Por el pronto, no va uno á hacerse matar en desafío, como usted esta mañana.

Alfonsa. Un desafio!

Luisa. Qué me dices!

Lupercio. Qué barbaridad!... Ay! perdone usted!... quise decir, qué imprudencia!

Enrique. No caigo...

Marques. Hola! no cae usted!... pues yo lo sé: la riña que tuvo usted con un mocito... con uno que se ha venido ahi á ese pueblo hace dos dias... qué sé yo quien es!...

Enrique. Ah! sí!... un impertinente... un muchacho que ha dado en la manía de seguirme como mi sombra... pero ya creo que me ha perdido de vista. Su tenacidad en perseguirme me llegó á cansar y le amenacé con arrojarle por una ventana... pero desafio!... qué disparate!... Yo no sé qué querrá!.

Lupercio. Su bolsillo de usted, regularmente... Apuesto á que es algun ratero... Oh! esta campiña es muy hermosa, muy pintoresca... pero andan por aqui muchos ladrones! Yo he visto uno esta noche...

Enrique. (*Aparte.*) Gran Dios!

Luisa. (*Aparte á Alfonsa.*) El seria!

Marques. Un ladron?

Alfonsa. (*Aparte.*) El era! (*Soltando la risa.*) Ah, ah, ah! ha visto su sombra... y ha echado á correr!...

Lupercio. Como mi sombra?...

Marques. (*Riendo.*) Nos contarás el lance de sobremesa. Ea, voy á confiar el viagero á las señoras para que le lleven á tomar algo. Querida Luisa, encárgate...

Luisa. Sí, sí... voy á disponer...

Alfonsa. (*Con prontitud.*) No tal!... Cuide usted de su marido que llegará cansado... Yo me encargo de llevar á este caballero...

Enrique. Señora, tanta bondad!... (*Aparte.*) A qué se meterá ella!...

Marques. (*Tomando el brazo de Luisa.*) Bravo!... convenido!... Lupercio, tienes por muger una alhaja!

Alfonsa. Ya lo sabe él!

Lupercio. Vaya, vaya!... anda á leer esas cartas.

Marques. Tengo cartas?

Lupercio. Muchas!... como que eso, unido al encuentro que tuve anoche... me hizo pensar...

Alfonsa. (*Yendo hácia él.*) El qué?... vamos! habla! despacha! habla!...

Lupercio. Pues no hablo! (*Don Lupercio la mira, y se va repentinamente sin decir palabra. Don Enrique se ha acercado á Luisa.*)

Marques. (*Riendo.*) Ah, ah, ah!... dónde diablos se va?... (*Llamándole.*) Lupercio!...

Alfonsa. Vaya, dé usted el brazo á su muger! (*A Enrique.*) Caballero, estoy á la orden de usted.

Marques. Hasta luego, Enrique... sin ceremonia!... aqui no tiene usted quien le persiga...

Enrique. (*Aparte.*) Asi lo espero! (*A Alfonsa.*) Cuando usted guste. (*Aparte.*) Gracias á Dios que no volveré á ver al tal pesado! (*El marques hace entrar á su muger por un lado y va á seguirla. Doña Alfonsa se lleva por otro á don Enrique. De repente aparece á la puerta Marcelino y ve marcharse á don Enrique.*)

ESCENA X.

MARCELINO. EL MARQUES.

Marcelino. (*Mirando á Enrique.*) Alli va!... él es!... ya estaba yo seguro! (*Ciérrase la puerta derecha.*)

Marques. (*Se detiene y vuelve.*) Quién es?... Pero qué veo!.. Marcelino! (*Cerrando la puerta izquierda.*) Que haces aqui tú?

Marcelino. (*Sofocado.*) Yo?... no lo sé!... perdone usted!... (*Vacila y casi se cae.*)

Marques. (*Yendo á él.*) Cielos! qué tienes?... (*Sosteniéndole.*) Marcelino! hijo!...

Marcelino. (*Sollozando.*) Ay! me ahogo!... perdone usted... si vengo... si busco... (*Aparte.*) Aqui está!

Marques. Vuelve en tí! (*Sentándole.*) Pobrecillo! siéntate! estás sofocado! (*Le limpia la frente.*)

Marcelino. He corrido tanto!... (*Con inquietud.*) Y su muger de usted?... está...

Marques. Ahi... en su cuarto... Pero qué buscas?... Te ha sucedido alguna desgracia?... algun lance?... vamos, habla... vienes de Madrid?

Marcelino. Ahora mismo.

Marques. Me has venido siguiendo?

Marcelino. Justamente! sí señor!

Marques. Pero en fin, á qué vienes?... con qué motivo?... temes algun riesgo?

Marcelino. (*Levantándose.*) Sí, señor... por usted!

Marques. Por mí?

Marcelino. (*Serenándose.*) Es decir... yo creia... me habian dicho... ahora veo que me han engañado.

Marques. Y qué riesgo?... vamos, no mientas!... Algo hay aqui... (*Marcelino aparta la cara.*) Qué diablos!... me tienes miedo?

Marcelino. Ah! no señor! no!

Marques. Algun secreto me ocultas!... Dime, y era tambien á causa de ese riesgo... imaginario... por lo que te encontraba siempre en Madrid, durante los dos ó tres dias que permanecí alli despues de casado, sin perderme de vista... rondándome la puerta de casa con mucho misterio?... Cualquiera te hubiera tenido por un...

Marcelino. (*Sonriendo.*) Por un espía, no es verdad?—Era porque deseaba verle á usted con frecuencia.

Marques. Y el dia que te arrojaste á mi caballo... para obligarme á que me apease, y me quedara en casa?

Marcelino. Era un caballo tan fogoso... le hubiera tirado á usted seguramente!

Marques. Ya! como que tú le espantaste!—Alguna idea

llevabas!... tú tienes algo en esa cabeza!...—Ah! otra cosa: tú andas distraido.

Marcelino. Yo?

Marques. Sí señor!—Yo vengo de Madrid... he pasado dos veces por tu almacen... con intencion de verte... (*Marcelino le toma la mano.*) y no te he visto. Pregunté por tí, y me digeron que no parecias hácia ya dos dias. (*Le mira.*) Dos dias! (*Marcelino baja los ojos.*) Entonces me fui á tu casa... entré en cuidado... subí tus ciento y tantos escalones... (*Marcelino le besa la mano.*) Seis tramos!... Qué demonio!... El que vive tan alto debe tener en el portal uno que avise á los amigos cuando no está en casa. Allá subí... y me volví á bajar con mi dinero y mis abrazos. El señor mio no habia ido á dormir.

Marcelino. Ah! yo le juro á usted...

Marques. No habias dormido en casa... confiésalo! Dónde andabas?... Amores, no es verdad, picaron! — Vamos, esas son cosas naturales... qué diablo! todos lo hemos hecho! — Pero lo que nunca se debe hacer es faltar á la obligacion... y trasnochar asi... Y lo que mas siento es que no has hecho eso hasta que yo me he casado.

Marcelino. (*Conmovido.*) Es verdad!... y por qué se ha casado usted?

Marques. Que por qué me he... Me gusta la curiosidad! A tí qué te importa?... eso te ha dado pena, te ha hecho llorar... como si yo tratára de abandonarte!—Ves que yo te quiera menos?... que sea mas duro ó menos generoso contigo? Marcelino... si yo me dejára llevar de mi corazon!... pero en el mundo hay preocupaciones que respetar... ya lo sabes... En fin, vive tranquilo... no temas... y no vuelvas á darme quejas de mi casamiento que me hace tan feliz!

Marcelino. (*Con fuego.*) Feliz!... con esa palabra me hace usted... vaya!... me hace usted reir... cuando tengo gana de llorar?... Feliz, eh?

Marques. Ya se ve que sí!... tú lo dudas?

Marcelino. No señor!... temo que no suceda... y nada mas.

Marques. Lo temes?... tú no has visto á mi muger?... tan jóven! tan linda!...

Marcelino. Pues por eso!

Marques. Tan querida... tan adorada!

Marcelino. Pues por eso!...

Marques. Eh!... qué dices?

Marcelino. Y un caracter tan bueno, tan amable!... oh! es un angel!

Marques. (*Sorprendido.*) Calla! con qué fuego la alabas!... La conoces acaso?

Marcelino. Hace mucho tiempo! No se acuerda usted que don Jaime su primer marido era el encargado de pagarme la pension? Allí veia yo muy á menudo á su muger... es decir, á la de usted... (*Con intencion.*) y decia para mí... esta joven debe verse adorada...

Marques. Yo lo creo!

Marcelino. De su marido... y de otros...

Marques. Qué?

Marcelino. Toma! la harán declaraciones... ella tendrá que oirlas... y puede que al fin un hombre tan honrado como don Jaime... y como usted...

Marques. Como yo!

Marcelino. Pues ya!... usted recibe gentes... tiene tertulia.... no dejará de haber jóvenes emprendedores... y si alguno se da tal maña... que logra...

Marques. Le mataria!... Ó mas bien me mataria él á mí... (*Movimiento de Marcelino.*) sí, porque yo en mi vida he manejado una espada!... Pero si llegára ese caso, Marcelino, sentiria hervir mi sangre... recobraria el vigor de mi juventud... el vigor del corazon... el vigor del brazo.... sí! aun tengo fuerzas... y me batiré hasta derramar toda la sangre de mis venas!

Marcelino. (*Sofocado.*) Ah!... no, no!

Marques. Mi Luisa!... si yo supiera... primero morir!... Si faltara á la confianza que he depositado en ella, no podria soportar la vida... buscaria al seductor para castigarlo... ó perecer bajo su espada!

Marcelino. (*Tapándose la cara.*) Ah!... jamás! jamás!

Marques. Pero qué diablo de aprension me estás metiendo en la cabeza? Para esto te has venido de Madrid?

ESCENA VI.

DICHOS.—DOÑA ALFONSA. *Luego* D. LUPERCIO.

Alfonsa. (*Sin verlos.*) Me asusta ese hombre!... qué acalo-

rado está!... voy á avisar á Luisa...—Ah! su marido!
Marques. Hola!... y don Enrique? (*Marcelino al oirlo alza la cabeza.*)
Alfonsa. Ahí está... comiendo... (*Aparte.*) veneno!
Marques. (*Aparte á Marcelino.*) Chit!... no hables tú.
Alfonsa. Pero calla!... me engaño?... no! es nuestro tapicero de Madrid!
Marques. Ah!... usted le conocia?...—Sí, viene á verme...
Marcelino. Para una obra que me ha encargado...
Marques. Y se volverá á Madrid...
Marcelino. (*Mirándolo.*) Esta tarde, sí, esta tarde, porque estoy tan cansado!
Marques. Bien, esta tarde... (*Con intencion.*) esta tarde, estamos? Ahora voy á mandar que te den de comer.
Lupercio. (*Saliendo.*) Oye tú... ahí está el guarda que quiere... (*Encontrándose con Marcelino.*) Calla!
Marques. Qué quiere?
Lupercio. (*Saludando á Marcelino.*) Caballerito!... (*Marcelino le contesta.*)
Alfonsa. Por qué te asustas?
Lupercio. Esta si que es buena!
Alfonsa y Marques. Qué cosa?
Lupercio. (*Poniéndose entre los dos y con misterio.*) Chit! Él es, le he conocido...
Alfonsa. Quién?
Lupercio. Él!
Marques. Él?... quién?
Lupercio. Dale!... el joven de esta noche... el que ví saltar...
Alfonsa y Marques. Cuál es?
Lupercio. (*Señalando á Marcelino.*) Ese!
Marques. Ba, ba!... (*Riendo.*) Ah, ah, ah!
Alfonsa. Ese muchacho?
Lupercio. Sí señor, ese!
Alfonsa. (*Soltando la risa.*) Ah, ah, ah!... tú estás loco!
Lupercio. Digo...
Marques. El tapicero!... Ah, ah, ah!
Alfonsa. Ah, ah, ah!... (*Rien cada vez mas.*)
Marcelino. (*Aparte.*) Por qué me miran y se rien?
Lupercio. Ah! el tapicero!... Bien decia yo!... yo he visto esta cara. (*A Marcelino.*) Diga usted; no es verdad que esta madrugada... á eso de las cuatro...
Marques. Qué, hombre!... si acaba de llegar...

Alfonsa. Lupercio, tú estás malo!... Calla! si serás ahora somnámbulo!... Ah, ah, ah!

Lupercio. Yo!

Marques. Vamos, ven, y deja á ese muchacho en paz. (*Aparte á Marcelino acercándose.*) Esta tarde...

Marcelino. Lo he prometido.

Alfonsa. (*Aparte.*) Yo necesito avisar á Luisa...

Lupercio. (*Contemplando siempre á Marcelino.*) Pues señor, yo no tengo duda... (*El marques y Alfonsa se acercan á Lupercio y sueltan una carcajada.*)

Alfonsa y Marques. Ah, ah, ah!

Lupercio. (*Yéndose con el marques.*) Sí, ríanse ustedes!... ríanse ustedes! (*Vanse por un lado, doña Alfonsa por otro.*)

ESCENA VII.

MARCELINO.

Marcharme de aquí!... es preciso, sí!... pero hay aquí uno que marchará conmigo... delante de mí! Marchará, sí... aunque sepa llevármelo arrastrando... aunque sepa... (*Reflexionando.*) Infeliz! qué voy á hacer! dar un escándalo!... descubrirlo todo!... introducir la desesperacion én esta casa!... destruir el reposo, la felicidad... de quién, Dios mio!

ESCENA VIII.

MARCELINO,—D. ENRIQUE.

Enrique. (*Saliendo.*) Ya que esa muger me ha dejado solo...

Marcelino. (*Viéndolo.*) Ah! (*Le busca las vueltas para que no lo vea.*)

Enrique. (*Adelantándose.*) No sé si he hecho bien en declararla... Solo me faltaba ahora tenerla á ella por sombra... como á aquel demonio de muchacho... que ya felizmente he logrado alejar de mí. Pero Luisa... (*Vuélvese y se halla con Marcelino.*) Oh!... esto es demasiado!

Marcelino. (*Con frialdad.*) Tenga usted buenos dias... cómo va desde esta mañana?

Enrique. Cómo!... aun tiene usted la audacia...

Marcelino. Usted me juzgaba lejos... y no sabe que de mi no

se escapa uno fácilmente. Qué tal! Soy testarudo, eh?... Le fastidio á usted, no es verdad?

Enrique. (*Conteniendo la cólera.*) Dime, cuánto te pagan por hacer ese oficio?

Marcelino. La pregunta es graciosa, pero no nueva... ya me la ha hecho usted esta mañana.

Eurique. Sí, y tambien te dije esta mañana que te echaria por un balcon.

Marcelino. Puede que saltara usted primero.

Enrique. (*Furioso.*) Miserable!

Marcelino. Cuidado!... si grita usted... le van á oir.

Enrique. Pero en fin, cuál es tu nombre?... quién eres?... qué me quieres?

Marcelino. Mi nombre?... yo no tengo nombre.—Quién soy? no lo sabrá usted.—Qué quiero?... Ah! eso sí lo sabrá usted.—Quiero que salga usted de esta casa... ahora mismo... ahora mismo, entiende usted? Quiero que renuncie usted á sus proyectos... á esos planes infames!

Enrique. Infames!

Marcelino. Chit!... no grite usted... que le van á oir!—Sí señor, infames!... porque es una infamia introducirse en casa de un hombre honrado, de un amigo, para quitarle la honra y seducir á su muger!

Enrique. Cielos!... hable usted bajo!

Marcelino. Hola!... parece que ya no grita usted!—Es una infamia sobornar á sus criados para que entreguen cartas... y entrar de noche, en silencio, como un ladron!

Enrique. Eso no es cierto!... usted no puede saber...

Marcelino. Yo lo sé todo!—El dia de la boda, cuando usted salia de la alcoba... habia allí uno que lo vió: usted salia diciendo: «Luisa será mia...» Sí señor, asi lo dijo usted... y el que lo oia era yo... y desde entonces no me he separado de usted... le he seguido como su sombra... he espiado sus pasos... En Madrid, cuando trataba usted de introducirse en la casa, quien era el que le enviaba á usted el marido? Yo!... y esta noche, cuando saltaba usted la tapia del jardin, quien la saltaba tambien con usted para dar la alarma?... Yo! yo!... y siempre yo!

Enrique. Este hombre es un demonio!...

Marcelino. Sí, un demonio que no le dejará á usted respirar. Usted tiene sus proyectos?... pues yo tengo los mios! uno de los dos tendrá que ceder al otro... y no he de ser

yo, téngalo usted entendido! Porque yo he jurado salvar á esa muger que usted quiere perder: á ese hombre que usted quiere deshonrar, y que no tiene un hijo que le defienda!... Qué infame cobardía! (*Movimiento de don Enrique.*) Yo defiendo á ese hombre porque le quiero.... porque su honra es la mia!... porque sus gemidos, sus lágrimas caerian sobre mi corazon y me ahogarian!

Enrique. Qué lenguage!... Ah! ya adivino...

Marcelino. (*Asustado.*) El qué?... yo no he dicho nada!

Enrique. Tú amas á su muger!

Marcelino. A su muger!... yo!—Oh! qué villanos pensamientos tiene usted!

Enrique. Sí!... porque si tú miraras por él... si quisieras su bien... si no llevaras otro fin... callarias, te marcharias, temerias mover un escándalo que nos perdiera á los dos, que nos pusiera la espada en la mano... que le costára la vida!

Marcelino. Cielos! (*Mudando de tono.*) No, no!... nada de escándalo... nada de ruido!... quédese esto entre nosotros. (*Con tono de súplica.*) Don Enrique... yo le he ofendido á usted con mis amenazas... perdone usted... he hecho mal... Pero ahora... ya lo ve usted... me modero... y hablo en razon.—Si tiene usted buenos sentimientos... usted es joven... sí los tendrá! Vamos, don Enrique!... tenga usted lástima de... de todos!—Por él... y por ella... haga usted un esfuerzo! Diga usted que se marcha... No tema usted nada de mí... nada!... ni una palabra que comprometa á su muger... ni á usted! Oh! viva usted seguro!... primero me dejaria... Vamos, váyase usted, váyase usted! (*Don Enrique le mira un momento: en seguida va á sentarse y toma un libro. Marcelino se dirige á él con rabia.*) Ah!... Conque no quiere usted marcharse?... (*Don Enrique calla.*) Con que no quiere usted marcharse?

Enrique. (*Con frialdad.*) No.

Marcelino. (*Con furia.*) Pues bien, yo le digo á usted que sí marchará!... Lo diré todo!

Enrique. Y si yo digo que usted miente, cree usted que dudarán entre mi palabra y la suya?

Marcelino. (*Sacando del bolsillo una carta cerrada.*) Pero entre su palabra de usted y... esta carta...

Enrique. (*Levantándose.*) Una carta!... de Luisa?... (*Quiere cogerla.*)

Marcelino. (*Retirándola.*) Para usted.

Enrique. Una carta de ella... para mí... y en manos de usted!...

Marcelino. Yo encontré al que la llevaba... y me apoderé de ella...

Enrique. Dámela!... al momento:... yo te la arrancaré...

Marcelino. Antes me arrancará usted la vida!

Enrique. (*Echándose sobre él.*) Miserable!... dámela! (*Le agarra del pescuezo.*)

Marcelino. (*Luchando.*) Suelte usted!... suelte usted!

ESCENA IX.

DICHOS.—EL MARQUES.

Marques. Qué es esto? qué ruido!...

Marcelino. (*Aparte á Enrique.*) El es!...

Enrique. (*Aparte á Marcelino.*) Esto es lo que tú buscabas!

Marques. (*Interponiéndose.*) Señor don Enrique!... qué le ha hecho á usted ese muchacho?... El pobre Marcelino que acaso ve usted por primera vez...

Marcelino. Oh! yo conocia al señor...

Enrique. Este es el mocito de quien le contaron á usted en ese pueblo... el que me insultó esta mañana... no parece sino que anda provocando una desgracia! (*Movimiento de Marcelino.*) y ahora me le encuentro...

Marques. El muchacho del pueblo?... este?... el que llevaba dos dias de estar allí?... y decia que acababa de llegar de Madrid!... Con que ha mentido? (*Marcelino baja los ojos.*)

Enrique. Mentia! (*Aparte.*) Qué dirá!

Marques. Pero por qué es la riña de ahora?... y la de esta mañana?...

Enrique. Yo no sé... me le he encontrado al paso, y su insolencia me ha irritado... lo mismo ha sido ahora... queria batirse...

Marcelino. Y usted no quiso entonces... ni quiere ahora tampoco?

Enrique. Batirme contigo!... Con cualquier otro, estoy siempre pronto.... (*Marcelino mira al marques.*) Pero con un ar-

tesano... que ni se atreve á decir su nombre... Vamos, dí, cómo te llamas?

Marcelino. Cómo me llamo? (*Aparte al marques que le contiene.*) Ah! señor! dígale usted cómo me llamo para que se bata conmigo! Ah! dígaselo usted!

Marques. (*Aparte á Marcelino.*) Calla! calla! (*A Enrique.*) Yo le respondo á usted, don Enrique, de que es un muchacho honrado... á lo menos asi lo he creido hasta ahora... (*Aparte á Marcelino.*) Pero ya empiezo á dudarlo... porque esos misterios... lo que me dijo antes Lupercio... el que saltaba la tapia del jardin esta noche, eras tú?

Enrique. (*Aparte.*) Qué le dirá!

Marques. No te pregunto el objeto... porque me volverás á mentir!

Marcelino. (*Con voz ahogada.*) Ah, señor!... por Dios!

Marques. (*A Enrique mudando de tono.*) Enrique, olvide usted lo pasado... yo venia á ver si dábamos un paseo por la huerta...

Enrique. Con mucho gusto. (*Va á tomar su sombrero.*)

Marques. (*Aparte.*) No sé qué pensar! (*A Marcelino.*) Ya ves á lo que nos espones, viniéndote aqui sin avisarme. Armas quimera con un hombre que se cree superior á tí, porque te has empeñado en ser... lo que él dice... un artesano... No puedes decirle tu nombre, y...

Enrique. (*Sale con el sombrero.*) Cuando usted guste.

Marques. Vamos. (*A Marcelino.*) Eh! ya que has tomado medida... (*Llama á la campanilla.*) vas á marchar ahora mismo á Madrid.

Marcelino. (*En voz baja.*) Esta tarde!

Marques. Ahora mismo!... (*Marcelino quiere hablar.*) Yo lo mando! (*Poniéndole un bolsillo en la mano.*) Toma.

Enrique. (*Aparte.*) Por fin!...

Marques. (*A Bruno que sale.*) Ah! mira: dale de comer á este mozo antes que se marche... al momento! (*A Enrique.*) Ya le sigo á usted... (*Enrique se va. El marques dice á Marcelino.*) Ahora mismo! (*Conmovido.*) A Dios! (*Marcelino va hácia él como á abrazarle: el marques se va.*)

ESCENA X.

MARCELINO. BRUNO. *Luego* DOÑA LUISA.

Marcelino. (*Mirando el bolsillo.*) Dinero!... dinero! esto me da mi padre!... y se va con él!... y no sabe!...

Bruno. Vamos, viene usted á la cocina?

Marcelino. Ah! (*Dándole el bolsillo.*) Toma para beber... y consiente en que me quede, sí?

Bruno. (*Aparte.*) Cáspita !... qué modo de dar propinas!... (*Con respeto.*) Si hace usted el favor de venir al comedor, caballero...

Marcelino. Sí, sí... (*Viendo salir á doña Luisa.*) Ah!

Luisa. (*Sin verlos.*) Ah! yo quiero verle... yo quiero hablarle... Enrique!

Marcelino. Yo voy á... (*Deteniéndose.*) Vamos! no me atrevo!...

Luisa. (*Viéndole.*) Marcelino!... es usted? Sí, ya sabia... mi marido me dijo... se trata de unas banquetas...

Marcelino. (*Aparte.*) Qué turbada está!

Bruno. El amo ha dicho que se le sirviera de comer...

Luisa. A Marcelino?... bien, que vaya...

Marcelino. Perdone usted, doña Luisa... son tan preciosos los instantes que me quedan de estar aqui... que... si me atreviera á hablarla á usted...

Luisa. Luego, Marcelino.... déjeme usted ahora sola... luego...

Marcelino. (*Va á marchar, y se detiene repentinamente.*) Ah!... (*Acercándose á ella.*) Señora...

Luisa. Vamos!...

Marcelino. (*Sacando la carta.*) Disimule usted... pero... tengo aqui una carta...

Luisa. (*Con misterio.*) Una carta!...

Marcelino. (*Con misterio.*) Sí, señora... una carta... que sin duda se le ha estraviado á usted... Esta es... y tenga usted mas cuidado... podia haber caido en otras manos... y comprometer... Por lo que hace á mí, señora... yo no he visto nada... ni sé nada.

Luisa. (*Conteniendo un grito de terror.*) Ah!...

Marcelino. (*Volviéndose al criado que se ha acercado.*) Ya voy... ya voy... (*Vase con él.*)

ESCENA XI.

DOÑA LUISA. *Luego* DON ENRIQUE.

Luisa. Esta carta... es la mia!... la que le escribí esta mañana... Cómo ha venido á parar... Y este muchacho... cómo la tiene!... se habrá enterado de todo!... (*Mirándola.*) No... aun está cerrada!... Y sus espresiones... sus miradas!... (*Enrique sale y cierra con precaucion la puerta.*) Enrique se marchará... es preciso!... cómo no ha de hacerse cargo que va en ello mi honor... mi tranquilidad...

Enrique. (*Llegando.*) Y á mí me va la vida!

Luisa. (*Dando un grito.*) Ah!... Enrique!... usted me oia!... Enrique, en nombre del cielo, no se quede usted aqui!... su presencia me hiela y me aterra!... Le escribí á usted esta carta... cómo es que no la ha recibido usted?

Enrique. Esa carta... ah!... se la ha devuelto á usted?...

Luisa. Sí, Marcelino... ese artesano... Pero cómo es que estaba en su poder?

Enrique. No lo sé... no puedo entender... aqui hay alguna intriga infernal!... Pero no importa... yo he recibido sus juramentos de usted... su amor!... y aunque tuviera que romper ese lazo aborrecido que la sujeta á usted...

Luisa. Oh! no diga usted eso!... este lazo... yo no le maldigo, Enrique... y á no ser por usted yo seria quizá dichosa!... Sí, mi marido es tan bueno conmigo... se fia de mi honor con una confianza!... me ama tanto!... Ah! por qué nos hemos vuelto á ver!... váyase usted!

Enrique. Luisa! no está usted viendo lo que padezco... lo infeliz que soy!... no ve usted que esa barrera que nos separa, esos peligros que nos rodean... todos estos obstáculos encienden mas mi amor?... Pero no! usted no ve nada!... usted no siente hácia mí mas que indiferencia... ó tal vez odio!

Luisa. Enrique!... eso me dice usted á mí!... Pues por qué quiero que huya usted?... por qué evito su presencia?..., por qué le pido á usted de rodillas que se vaya... por qué. sino porque me tiemblo á mí misma!...

Enrique. Qué oigo!... me ama usted todavía?...

Luisa. Enrique!... por piedad!

Enrique. Y dice usted que parta! sí, partiré... pero no solo!... partiré con usted!... usted es mia!... usted me pertenece! (*Quiere abrazarla.*)

Luisa (*Huyendo hácia un balcon.*) Déjeme usted!... déjeme usted por Dios!

Enrique. (*Llegando á ella.*) Luisa!

Luisa. (*Dando un grito y alejándose del balcon.*) Ah!...

Enrique. Qué es eso!

Luisa. (*Pálida y trémula señalando al balcon.*) Por allí... por ese balcon... mi marido... nos ha visto!

Enrique. (*Queriendo llevársela.*) Cielos!... es perdida!... Luisa!... Luisa!... marchémonos juntos!... marchémonos.

ESCENA XII.

DICHOS.—MARCELINO.

Marcelino. Desgraciado! (*Le separa con violencia y queda en medio.*)

Luisa. Oh! Dios mio! (*Cae en una silla.*)

Enrique. (*Con rabia.*) Otra vez este hombre!...

Marcelino. Dónde se la llevaba usted?

Enrique. Eh! acabemos de una vez!

Luisa. Mi marido!... (*Enrique corre á la puerta y echa el cerrojo.*)

Marcelino. (*Fuera de sí.*) Sí!... aquí va á venir!... ahora sabrá que usted le está deshonrando!

Enrique. Calla!

Marcelino. Que su muger le ama á usted y á él le vende!

Luisa. (*Yendo hácia Marcelino.*) Por Dios!...

Marcelino. Y despues, qué importa lo demas!... que la eche de su casa... que le mate á usted... ó que muera él!...

Luisa. (*Cae de rodillas.*) Ah!...

Marcelino. Ah! no, no... eso no!

Enrique. Señora!...

Marques. (*Dentro.*) Luisa!...

Marcelino. Ya sube!... ya llama!...

Luisa. Silencio!

Enrique. Qué vas á hacer? (*Suenan golpes á la puerta.*)

Marcelino. (*Aparte á Enrique.*) Se marchará usted?

Marques. (*Dentro.*) Luisa !... Luisa !... abre !...
Luisa. (*A Enrique.*) Ah ! sí, sí !...
Enrique. (*Con esfuerzo.*) Sí. (*Redóblanse los golpes : la puerta vacila.*)
Marcelino. Bien.—Pues venga usted aqui... á este balcon... (*Enrique entra en el balcon: Marcelino cierra en silencio la madera.*)
Luisa. Ah ! gracias!... gracias!...
Marcelino. Vaya usted á su cuarto, señora... (*Sosteniéndola.*) Animo ! (*Salta la puerta: el marques, pálido y desencajado sale con precipitacian, y se encuentra en frente de Marcelino que tiene á doña Luisa desmayada.*)

ESCENA XIII.

DICHOS. — EL MARQUES. *Luego* DOÑA ALFONSA Y DON LUPERCIO.

Marques. Marcelino !... (*Con voz ahogada.*) Y ese hombre que estaba aqui... ese hombre que la perseguia... á quien yo debia matar... (*Con fuerza.*) Marcelino!
Marcelino. Qué dice !...
Marques. Oh! es imposible!—Quién viene!... (*Apartando con enojo á Marcelino.*) Apártese usted !
Alfonsa. (*Sale por un lado.*) Luisa !...
Lupercio. (*Sale por otro.*) Jesus! qué pasa aqui !... qué es esto !... Alfonsa !...
Marques. (*Turbado.*) Nada !... he sido yo, que... (*Aparte.*) Ahora lo entiendo todo !... esos misterios... esa tristeza contínua... esos dos dias que se ha estado cerca de mi quinta... y anoche saltando la tapia... él la conoció en casa de su primer marido. (*Aparte á Luisa.*) Respóndeme, Luisa !... era él ? era él ? (*Señalando con mano trémula á Marcelino.*)
Marcelino. (*Aterrado.*) Me mira !... me señala !...
Luisa. (*Tapándose la cara.*) Ah, señor!
Alfonsa. Pero esplíquenme ustedes...
Lupercio. Ese es el que yo ví saltar...
Marques. Es un miserable! un infame!
Marcelino. (*Aparte.*) Sospecha de mí !... me acusa!... Ah! eso no !... que lo sepa... que lo sepa todo... (*Corre al balcon y le abre. Enrique no está ya en él.*)

Luisa. (*Dando un grito.*) Ah!

Alfonsa. (*Yendo á detenerle.*) Se va á matar!....

Luisa. (*Aparte.*) No hay nadie!

Marcelino. (*Aparte.*) Ha cumplido su palabra!

Marques. Matarse!... no!... no tiene valor para eso!.... yo soy quien debia!... Pero no es digno de mi cólera... y me contento con echarle de mi casa!

Marcelino. (*Yendo al marques.*) Echarme!... usted!...

Marques. (*Retrocediendo.*) Eh!.... yo no le conozco á usted! yo no le debo nada... nada mas que compasion y desprecio! (*A dos criados que salen.*) Echad de mi casa á este hombre!

Marcelino. (*Sollozando.*) Echarme!

Marques. Salga usted! (*Marcelino se va sollozando: al pasar de la puerta vuelve los ojos y se arrodilla: los criados cierran. El marques se cubre el rostro con las manos, y Luisa cae en una silla.*)

Acto tercero.

El teatro representa la casa del guarda.

ESCENA PRIMERA.

MARCELINO. EL GUARDA. *Luego* EL MARQUES Y DOÑA ALFONSA.

(*Marcelino está dormido al lado del hogar. — El guarda limpiando su escopeta.*

Guarda. Pobre muchacho!... cómo duerme!... da gusto ver dormir asi! — Pues no ha sido poca fortuna para él que yo haya madrugado hoy mas de lo regular... porque sino...

Marcelino. (*Soñando.*) Perdon!... perdon !...

Guarda. Calla !... está soñando... (*Se acerca á él de modo que le cubre del marques y doña Alfonsa que salen.*)

Marques. (*Continuando una conversacion.*) Usted me oculta algun secreto.

Alfonsa. Usted está loco!

Marques. Yo estoy loco!... yo estoy loco!... (*Al guarda.*) Ah! mira...

Guarda. Mande V. S.

Marques. Di que pongan las mulas á la berlina, y...

Alfonsa. Se va usted ?

Marques. No: don Enrique...

Alfonsa. Y usted tambien !... Dejar asi á su muger!...

Marques. Mi muger!... qué cuidado le da á ella?... no se ha empeñado en no verme?... no se obstina en callar?....

Marcelino. (*Soñando.*) Me echa!...

Marques. (*Volviéndose.*) Qué?...

Alfonsa. Quién es... Cielos!

Marques. Qué veo!

Guarda. No haga V. S. caso!... es un hallazgo que he tenido esta mañana...

Marques. (*Aparte.*) No se ha marchado!

Alfonsa. (*Aparte.*) Aqui todavia!

Guarda. Voy á decir que pongan la berlina...

Marques. (*Sin quitar los ojos de Marcelino.*) Aguarda.... no vayas... ya no marcho...—Pero dime, cómo es que se halla aqui?... habla!

Alfonsa. (*Aparte.*) Maldito contratiempo!

Guarda. Nada!... que me salí de madrugada...

Marques. Habla bajo!... no se dispierte... Sigue.

Guarda. Pues me salí... á eso de las cuatro y media... con la escopeta y el turco...

Alfonsa. Quién es el turco?

Guarda. El perro... un famoso perro!... Pues señor, yo... iba á salir por ahi... por la huerta... pero no sé qué idea me dió... y cojo y me salgo por allí... por el campo... voy andando á dar la vuelta á la quinta... y cate V. S. que de repente el turco se para al pie de una encina y se pone á ladrar... Me voy allá... y cate V. S. que me encuentro á ese cuitado... allí tendido por tierra... hecho una sopa... porque toda la noche ha estado lloviendo menudito... arrecido de frio... y sin respiracion... vamos, muerto!

Marques. (*Acercándose á Marcelino.*) Muerto! (*Mira á doña Alfonsa y se detiene.*)

Guarda. Vamos al decir!... privado!

Alfonsa. Ah!...—Me habia asustado!... y á usted tambien!

Guarda. Con que... me lo trage aqui... encendí un poco de retama para secarle la ropa... (*El marques toca la ropa de Marcelino.*) Ya está seca! (*El marques retira prontamente la mano.*) Luego le hice que me acompañara á echar un trago... para que le abrigase el estómago..... y eso le volvió en sí.

Alfonsa. Vamos!

Marques. (*Aparte apretándole la mano.*) Bien!... te has portado bien!

Alfonsa. (*Mirando á Marcelino.*) Dios mio! qué descolorido está!

Marques. Está herido?

Guarda. Qué! no señor!... si no fue nada. — Parece que se habia perdido... asi es que cuando comenzó á sentirse bueno, se queria marchar.

Marques. Ah!... queria?

Alfonsa. (*Aparte.*) Y qué bien hubiera hecho!

Garda. Vaya si queria! y qué empeñado!... pero amigo, las piernas digeron nones... y no hubo medio! — Luego salí ahi cerca... á la fuente del espino... por un cántaro de agua... y cuando volví me lo encontré llorando como una criatura... vaya! cuánto lloró!

Marques. (*Aparte.*) Lloraba!... y yo tambien!

Alfonsa. Pobrecillo!

Guarda. Es muy guapo!... pero tiene unos cascos!... y un....

Alfonsa. Sí?

Guarda. Toma!... cuando vi que me lo encontraba asi tendido en mitad del campo... dige para mi saco... quién será este?—y ya lo descubrí... es un enamorado.

Alfonsa. Un enamorado!

Marques. Quién te lo ha dicho?

Marcelino. (*Soñando.*) Me echa!...

Guarda. Parece que despierta...

Marques. (*Acercándose.*) Sí?...

Marcelino. (*Soñando.*) Padre!...

Alfonsa. Qué ha dicho?...

Guarda. Llama á su pa...

Marques. (*Interrumpiéndole.*) Nada, nada... está soñando... (*Aparte.*) Su padre... ya no le tiene!

ESCENA II.

DICHOS.—DON LUPERCIO.

Lupercio. Ah! que estan ustedes aqui!... don Enrique se marcha.

Alfonsa. Ea, marques... vaya usted á despedirle... que no venga por acá.

Marques. Voy, voy... Pero este Marcelino... es preciso que yo le hable... preciso! (*Marcelino empieza á despertarse.*)

Guarda. (*Aparte.*) Hola!... el amo sabe su nombre!

Lupercio. (*Viendo á Marcelino.*) Calla!... de dónde ha caido este pez?

Alfonsa. (*A don Lupercio.*) Silencio! (*Al marques.*) Vaya usted... aqui hallará luego á Marcelino... yo le detendré.—Quédate tú, Lupercio.—Vaya usted á despedir á don Enrique.

Marques. Volveré. (*Se va.*)

Marcelino. (*Oyendo el nombre de Enrique.*) Enrique!...

Alfonsa. (*Con intencion.*) Quédate, Lupercio.

Lupercio. Pues bien; ya me quedo.

Alfonsa. Cómo que te quedas?... Ya no me entiendes?

Lupercio. Sí tal... pero ese joven... esos misterios...

Marcelino. (*Incorporándose.*) Enrique!...

Alfonsa. Vas á dar en celoso?... no te faltaba mas!—Ponte ahí de centinela... y avisa cuando venga el marques. Cuidado!

Marcelino. (*Levantándose.*) Enrique!...

Lupercio. Es mucho esto!... Desde ayer no hace mas que ir... y venir... y torna... y vuelve.... y yo en ayunas de todo!

Marcelino. Se ha marchado ya, señora?

Alfonsa. Va á marcharse ahora mismo.

Lupercio. Almorzando estaba y... (*Doña Alfonsa lo mira con impaciencia.*) Ya me voy... muger! (*Se va.*)

Guarda. Tambien yo me voy á almorzar. Buen amigo, si usted gusta...

Alfonsa. Ahora irá.

ESCENA III.

MARCELINO. DOÑA ALFONSA. DON LUPERCIO *en la parte de afuera.*

Marcelino. Dice usted que se va á marchar?... Pero él me ofreció irse ayer... ayer... y ha pasado allí la noche!

Alfonsa. Queria usted que se marchara asi, de repente.... como un loco... para dar que sospechar!...

Marcelino. No importa... no debió quedarse... Mire usted como yo obedecí!... Él debió cumplir su palabra... como yo cumplí la mia... esponiéndome á morir!

Alfonsa. Sí: usted se ha portado bien... muy bien!... pero

á él le detuve yo... porque... cómo queria usted que se marchara con un pie desconcertado!...

Marcelino. Cómo!

Alfonsa. Sí... cuando se tiró del balcon... quedó sin sentido en el suelo... perdió el sombrero... y la cartera... Está tan alto el balcon!... Pero en fin, dejemos eso: usted no debe quedarse aquí...

Marcelino. Yo no queria marcharme sin él... le aguardé en el campo... pero pasaban horas, y no venia... y el frio.... y la lluvia... y la espina que tenia en el alma!... perdí las fuerzas... me caí... y él no se marchó!

Alfonsa. El ha sabido disimular mejor que usted... no ha descubierto el secreto de su amor... como usted ha hecho!

Marcelino. De mi amor?... yo!

Alfonsa. Es cosa natural... y á su edad de usted!... Yo me hago cargo... y el marques tambien... Ya se vé... usted la veia con frecuencia en casa de su primer marido...

Marcelino. Ah! no diga usted mas!... Yo atentar á una honra que aprecio mas que mi vida!... yo, que por conservársela pura á su marido no sé lo que daria!... Ah! no señora!... no lo piense usted... ni lo piense el marques.... eso era imposible!

Alfonsa. Cómo!... no lo ha hecho usted por amor á ella?... por celos de don Enrique?... Pues entonces, por qué?

Marcelino. Por qué?... No me lo pregunte usted!

Alfonsa. Pues ello... usted está enamorado de alguien.... y como no sea de mí... (*Movimiento de Marcelino.*) Yo no me asusto de nada! No crea usted que alborotaria la casa... me contentaria con decirle á usted: mocito, á otra parte con la música.—Allí tiene usted á mi marido... es un hombre honrado... (*A don Lupercio que se deja ver.*) Viene?

Lupercio. No. (*Desaparece.*)

Marcelino. No viene?... quién?

Alfonsa. El marques, que le hacia á usted ya en Madrid, y acaba de verlo aqui.

Marcelino. Aquí!... ha estado aqui... y yo no lo he sentido!...

Alfonsa. Y ha sido una fortuna!—Queria tener una esplicacion con usted.

Marcelino. Conmigo!... quiere volverme á ver!... Ah! voy corriendo...

Alfonsa. (*Deteniéndolo.*) Está usted loco!... á echarlo todo á perder... á encender otra vez el fuego... á que el pobre marques se muera!...

Marcelino. Ah! eso no!

Alfonsa. Nada; usted se marcha, y todo se acabó. La pobre Luisa, que está como loca, se irá tranquilizando... don Enrique se marchará... y el marques, con ese genio, se olvidará de todo... no volverá á acordarse de usted... como que es un estraño á quien ni quiere ni aborrece... no le ve á usted mas, y el lance se acaba, sin que muera nadie.

Marcelino. Soy un estraño!...

Alfonsa. Vamos, Marcelino, ánimo.—No revele usted el secreto que ha descubierto... piense usted en la felicidad de Luisa!—Allá, algun dia, cuando todo se haya olvidado, ya nos veremos... la verá usted... y ella le dará gracias por su silencio... Váyase usted, y disponga de mí... como de una verdadera amiga!

Marcelino. (*Besándola la mano.*) Ah! señora!...

Lupercio. (*Asomándose.*) Ya viene!... (*Viendo á Marcelino.*) Calla! me gusta el mocito!...

Alfonsa. Viene?—Entre usted aqui, y márchese por aquella puerta sin verlo.

Marcelino. Ah! sí!... porque si le veo, no me voy. (*Se va por un lado.*)

ESCENA IV.

EL MARQUES. D. LUPERCIO. DOÑA ALFONSA. *Luego* MARCELINO.

Lupercio. Y el mocito?

Alfonsa. Calla!

Lupercio. Pero muger...

Alfonsa. Calla!

Marques. Por fin he dejado á Enrique subiendo á la berlina... ya estaba yo impaciente!—Y Marcelino?.... dónde está?

Alfonsa. Se marchó.

Marques. (*Dando un paso hácia la puerta.*) Se marchó!...

Alfonsa. Ya hace mucho tiempo!

Marques. (*Conmovido.*) Entonces será verdad!... cuando huye de mí... cuando me teme... (*Aparte.*) Ah! me engañaba!.. no me quiere!... era mentira!...

Alfonsa. Vaya, marques, olvidemos eso... ha sido una muchachada... un tontuelo que se enamoró de Luisa...

Marques. Pero es que usted no sabe... (*Conteniéndose.*) Si, tiene usted razon!... pero no me haga usted caso... tengo el alma despedazada!... Yo que nunca he sospechado de nadie... nunca!... bien lo estoy pagando!—Desde ayer no sé lo que me pasa!... tengo el corazon oprimido... no vivo!... Esta noche no he podido sosegar... al menor ruido me levantaba... pensando que todos me engañaban.... me vendian!...—Y esta mañana, cuando usted se encerró con don Enrique...

Lupercio. Qué, qué!... con don Enrique?...

Marques. Qué hablaban ustedes?... lo sabe ya todo?...

Alfonsa. No... hablábamos... de otra cosa.

Lupercio. De qué?... y encerrada!...

Marques. Y mi muger!... y Luisa!... qué piensa de mí?.... Ayer fui un insensato... un loco!

Alfonsa. Sí... la dió usted mucho que sentir con aquella escena!... sospechar de ella!...

Marques. Hice mal, es verdad.... Pero ella tampoco se disculpaba... no hacia mas que amenazarme... decir que se separaria de mí... que se volveria con su familia... y luego no la he vuelto á ver!...—Ahora he ido á buscarla para que despidiera á don Enrique, y no estaba en su cuarto... se habia ido á la huerta... ó qué sé yo dónde.... su doncella me ha dicho que está fuera de sí!...

Alfonsa. Y no la ha visto usted? (*Marcelino abre violentamente la puerta, haciendo una esclamacion: doña Alfonsa lo empuja y cierra de nuevo: el marques se vuelve y no ve nada.*)

Marques. Qué!...

Lupercio. (*Sorprendido.*) Eh?...

Alfonsa. (*Con calma.*) Digo, que si no la ha visto usted?

Marques. No: me fui á despedir á don Enrique...

Alfonsa. (*En alta voz.*) Y le dejó usted en la berlina?

Marques. Sí... por qué es esa pregunta?

Alfonsa. Por nada... (*Aparte.*) Dónde estará!... Dios mio!... mucho me temo!...—Pues vamos, vamos á buscarla...

Marques. Qué tiene usted?....

Alfonsa. Nada... vamos!... Anda, Lupercio! (*Se va el marques y don Lupercio: doña Alfonsa va detras: Marcelino sale apresurado.*)

Marcelino. Ah! señora... la ha robado!

Alfonsa. Chit!... (*Se va, haciéndole que calle.*)

ESCENA V.

MARCELINO. EL GUARDA. *Luego* DOÑA LUISA.

Marcelino. La ha robado!... se la lleva!... Ah! yo le arrancaré la vida!... Pero dónde estarán... cómo le alcanzaré! —Y mi padre!... mi padre!!... Yo que esperaba lograr que un dia me abriese los brazos... y dijese con orgullo: este es mi hijo!...—Se acabó... se acabó para siempre!

Guarda. Pues, señor... ya he almorzado.—Hola, mocito.... no quiere usted tomar un bocado?

Marcelino. Gracias.... me voy... (*Aparte.*) Ah! yo le mataré!

Guarda. Buen viaje... Ah! aguarde usted... le daré su carta...

Marcelino. Qué carta?...

Guarda. Una que encontré en el suelo... allí cerca de donde usted estaba...

Marcelino. Una carta!...

Guarda. Sí señor... esa es. (*Se la da.*)

Marcelino. (*Repasándola.*) Dios mio... qué estoy leyendo!.... (*Aparece doña Luisa.*) Ah! ella es!... (*Al Guarda.*) Váyase usted... váyase usted! (*Se va el guarda.*)

ESCENA VI.

DOÑA LUISA. MARCELINO.

Luisa. (*Sin verlo.*) Nadie me ha visto... no, ni volverán á verme! No quiero avergonzarme delante de mi marido!... no le volveré á ver.—Pero sola, sin amparo... á quién acudiré?.... quién me protejerá?... quién me sacará de esta casa?... (*Ve á Marcelino.*) Ah! qué es lo que veo!

Marcelino. Señora... antes de marchar... de alejarme para siempre...

Luisa. No se acerque usted... yo no le conozco!... qué viene usted á hacer aquí?

Marcelino. No me conoce usted?... Pues ayer, quién la salvó á usted sino yo?

Luisa. Ayer!.. y á qué se introdujo usted en esta casa?... qué busca usted?... qué quiere usted de mí?... es usted un espía que trata de perderme?

Marcelino. No, señora... soy un amigo que quiere defenderla á usted de la seduccion de un infame.

Luisa. Cómo!...

Marcelino. Sí, de un infame... que solo merece su odio de usted y su desprecio!

Luisa. Está usted engañado!—Si yo lo he amado, es porque merece este amor... que usted le quiere disputar. Sabe usted que al mismo tiempo que yo le olvidaba para dar la mano á otro, él me sacrificaba todo... su fortuna, las ventajas de un enlace opulento!...

Marcelino. Puede que la engañe á usted!...

Luisa. La prueba?...

Marcelino. Es un fatuo!... yo lo sé... y quizá lo mismo que le ha jurado á usted, se lo ha jurado á otras..

Luisa. La prueba?... deme usted la prueba?... ó le miraré como un impostor, digno de mi eterno desprecio!

Marcelino. Ah! esto es demasiado!... esto es ya mucho humillarme!... Señora, yo tengo pruebas, y puedo...

Luisa. Silencio!... Oye usted?... (*Mirando.*) Dios mio!... él es... Enrique!..

Marcelino. Cielos! con que no ha marchado!... Vendrá á buscarla á usted, no es verdad?... vendrá á pedirle á usted el premio de ese enorme sacrificio que ha hecho, despreciando una fortuna y un enlace opulento!...

Luisa. Déjeme usted... váyase usted!

Marcelino. No me pedia usted la prueba?... la prueba?.... Pues mírela usted!... (*Le da la carta.*) Ahora, que venga.

ESCENA VII.

DON ENRIQUE. MARCELINO. DOÑA LUISA.

Enrique. Luisa!... al fin la encuentro á usted... Vengo...

Marcelino. (*Que le ha salido al encuentro.*) Entre usted.... entre usted! (*Se coloca entre los dos, con los ojos fijos en doña Luisa que está leyendo la carta, y sin hacer caso de don Enrique.*)

Enrique. Qué hace usted aquí?... viene usted de nuevo á perderla?... ó á cansarla con su necio amor?... Es una

insolencia que yo castigaré!—Vámonos, Luisa, vámonos...

Luisa. (*Retrocediendo con horror.*) Ah!!

Enrique. No tema usted... fie usted de mí...

Luisa. (*Leyendo con voz trémula.*) «Enrique: la boda está desecha... á pesar de tus protestas de amor.... (*Enrique lleva la mano al bolsillo.*)

Marcelino. (*Sonriendo.*) Tiene usted desgracia con su correspondencia, señor don Enrique!

Luisa. (*Leyendo.*) «Han sabido tus deudas... tus pérdidas al juego... las conquistas de que haces gala... y en particular la última...»

Enrique. (*Alargando la mano.*) Ah! no crea usted...

Marcelino. (*Apartándole la mano.*) Deje usted leer á esta señora.

Luisa. (*Leyendo.*) «Sigue, pues, la aventura, que segun dices habias interrumpido por atrapar á esta millonaria... y procura consolarte con tu Luisa...»

Enrique. Le juro á usted que... esa carta... yo no sé...

Marcelino. Cosa muy sencilla. Saltó usted del balcon... se le cayó la cartera... se estravió un papel...

Enrique. Pero es una infamia!...

Marcelino. El engañar asi, no es verdad?

Enrique. Señora...

Luisa. (*Retrocede y le alarga la carta sin mirarlo.*) Una aventura!... Ah!... (*Enrique va á tomar la carta. Marcelino la coge.*)

Enrique. Démela usted!—Luisa... Luisa!...

Luisa. Salga usted... salga usted de aquí! (*Marcelino rompe con calma la carta. Luisa cae en una silla.*)

Enrique. (*Acercándose á Marcelino.*) Me dará usted satisfaccion!

Marcelino. Le daré á usted lo que quiera... (*Tirando los pedazos.*) menos esto.

Enrique. Yo sabré quién es usted!

Marcelino. Si... lo sabrá usted!

ESCENA VIII.

DICHOS.—DON LUPERCIO.

Lupercio. (*Desde la puerta.*) Eh! por aquí... (*Viendo á Marcelino.*) Calla!

Enrique. (*Llevándose á don Lupercio.*) Venga usted, caballero... venga usted con nosotros!

Lupercio. (*Aturdido.*) Yo!... adónde?... hombre!... adónde!... (*Enrique se lo lleva.*)

Marcelino. (*A Luisa.*) Ha visto usted, señora!... (*Aparte.*) Le aborrece... Ah! ya puedo morir! (*Vase tras de ellos.*)

ESCENA IX.

DOÑA LUISA. EL MARQUES.

(*El marques sale pausado y con la cabeza baja.*)

Luisa. Esto es un sueño... un sueño horroroso!

Marques. (*Alzando la cabeza.*) No, Luisa...

Luisa. (*Levantándose.*) Mi marido!...

Marques. No es sueño!... Querias irte... abandonar tu casa... huir con él, acaso!...

Luisa. Ah! señor!...

Marques. Sí, huir con él... y yo entretanto te estaba buscando para pedirte perdon de una sospecha que ya creia injusta... Ah! no... no ha sido sueño!

Luisa. Oh! no lo creas!... yo no pensaba huir... yo me quedaba...

Marques. Serénate... yo no me acaloro... haré lo que debo... ocultaré mi dolor... y mis lágrimas... de modo que nadie... nadie las vea!... Ah! no... ninguno sabrá lo que padezco!... porque ante todas cosas quiero ocultar tus faltas, y evitar tu deshonra.—Ea! ten valor... ya ves que yo le tengo.

Luisa. Ah! qué lenguaje!... Esto es hecho... he perdido para siempre tu aprecio... tu confianza!...

Marques. (*Un poco exaltado.*) Tú eres quien me ha negado la tuya! Te pregunto... y bajas la cabeza!... qué he de pensar?... qué he de decir?... qué he de hacer?... (*Acalorado.*) Pero responde! (*Luisa retrocede con terror.*) Nada!... siempre el mismo silencio!—Y de qué me sirve ya que me lo descubras!... Ah! antes de nuestra union... cuando yo te alargué la mano de amigo... y te dije: «me amarás, Luisa?...» entonces... entonces era cuando debias haberme respondido: yo no amo mas que á este... á este solo!

Luisa. Ah!

Marques. Entonces todo se hubiera arreglado... por supuesto que sí!... El no era mas que un artesano, es verdad.... pero qué importa!... habia recibido una educacion esmerada... tenia sentimientos nobles... qué le faltaba?... bienes?... para tí le hubiera yo dado los mios!... un apellido?... yo se lo hubiera dado... y seria feliz... y su amor no seria un crímen!

Luisa. Qué estás diciendo?

Marques. Sí, un crímen!... porque quiero que sepas este secreto... y sea tu castigo y el mio!... Ese infame... ese ingrato... ese miserable... es mi hijo!

Luisa. (*Mirándole sorprendido, y adivinando poco á poco.*) Qué!... tu hijo!...

Marques. Y ahora lo abandono... y lo maldigo!

Luisa. Ah! no digas eso!... ya lo comprendo todo!... es el mas noble y el mas generoso de los hombres!

Marques. Luisa!...

Luisa. Él me ha salvado!... si no es por él me pierdo!.... Ah! yo no debo consentir que lo acuses y lo maldigas!... Te lo confesaré todo!... Sí... es verdad... yo amaba... (*Movimiento del marques.*) Oh! aun soy digna de tí... te lo juro!—Yo amaba, antes de conocerte, á un vil seductor... Le encontraba en todas partes... me ha perseguido en Madrid... aqui...

Marques. Aquí!...

Luisa. Pero aquí, y en Madrid, y en todas partes... ese angel de mi guarda se aparecia siempre entre los dos... Ayer mismo, sorprendidos por él en la sala, consintió que lo echases primero que decirte: «esta muger te vende!» y ahora... ahora... no hace un instante... cuando el vil, fingiendo marcharse vino aqui... y trató de arrastrarme al abismo... quién me ha libertado?... quién me ha desengañado para siempre?... quién me ha hecho volver en mí, y salvar mi honra?... El!... siempre él!...

Marques. Marcelino!

Luisa. Tu hijo!... y yo que no adivinaba!... Sí, tu hijo!...

Marques. Hijo mio!... y yo lo tenia lejos de mí!... y yo me avergonzaba de confesarlo!...—Y Enrique?... y el infame que nos perdia?

Luisa. Cielos!

Marques. Sí... era Enrique!... Me robaba mi hijo.., mi esposa... mi felicidad!... Quiero matarlo!... dónde está?...

ESCENA X.

DICHOS.—DOÑA ALFONSA.

Alfonsa. Ah! no, no se esponga usted!... impidamos ese desafio!...
Marques. Cuál?
Luisa. Qué dice usted?
Alfonsa. (*Al marques.*) Bien sabe usted lo que digo... estoy muerta!... han enviado por las espadas...
Luisa. Qué espadas?
Marques. Van á batirse!... será él!...
Luisa. Marcelino!
Marques. Va á batirse por mí!... yo le asesino!... Corramos...
Lupercio. (*Dentro.*) Venga usted!...
Alfonsa. Mi marido!

ESCENA XI.

DICHOS.—DON LUPERCIO. MARCELINO. EL GUARDA.

Lupercio. Venga usted... qué diablo!...
Marcelino. (*A quien traen á la fuerza.*) No... déjenme ustedes!...
Luisa. Ah! él es!
Marques. Marcelino! (*Marcelino sale en mangas de camisa con una espada en la mano: al grito del marques, tira la espada y corre á echarse á sus pies.*)
Marcelino. Perdóneme usted... he tomado su apellido para batirme y vengarlo á usted!
Marques. Mi apellido!... y me pides perdon... cuando has espuesto tu vida por ella y por mí!... Mi apellido!... mi apellido es el tuyo!
Marcelino. Dios mio!
Marques. (*Abrazándolo.*) Aqui... aqui... en mis brazos... hijo mio!... (*Mirando á todos.*) Sí!... y lo digo con vanidad... este es mi hijo!
Lupercio. Y qué hijo!... qué estocada le ha pegado!... Ahí se lo llevan entre cuatro.
Luisa. (*Loca de gozo.*) Mi salvador, mi hermano!...
Marques. Estás herido?... tienes sangre!
Marcelino. No es nada... Dichosa sangre, que me vuelve á los brazos de mi padre!!

FIN DEL DRAMA.